

Francisco Lacueva

**PROFUNDIZANDO
EN LA
PALABRA**

CLIE

Contenido

Introducción	3
1 ¿Qué es, en realidad, el Evangelio?	5
2 ¿En qué consiste la conversión?	13
3 Una nueva visión de la Trina Deidad	20
4 ¿Qué significado yo para Dios?	27
5 ¿Cómo se conoce la voluntad de Dios?	31
6 “Mas éste no puso por obra nada fuera de lugar”	36
7 Pensemos en la muerte, pero también en la resurrección.	39

Introducción

Los temas que trato en este librito tienen, en mi opinión, un enorme interés, no sólo a nivel de un mejor conocimiento de la palabra de Dios, sino también, y especialmente, a nivel práctico. Deseo comunicar algo que sirva para elevar el nivel de nuestra espiritualidad y, si este material cae en manos de algún inconverso, para que se percate de lo mucho que se juega de cara a la eternidad.

No soy infalible. Pero la palabra de Dios es infalible por estar *exhalada por el mismo Dios* (cf. 2 Tim. 3:16, lit.) y nuestro deber es *ser fieles a esa palabra* a la hora de interpretarla y ponerla por obra. Cuando se trate de algún punto discutible, daré mi opinión personal con las razones en que me apoyo para ello, pero respeto las opiniones de los demás, con tal que me expongan las razones en que se basan, contando con que el único árbitro infalible en estas materias es el Espíritu Santo que, por medio de la palabra –según aparece en el texto mismo, en el contexto próximo y en el contexto general de las Escrituras- *nos conduce a toda la verdad* (cf. Jn. 16:13), si es que mora en nosotros y estamos dispuestos a escucharle (cf. 1 Jn. 2:20, 27).

Me gusta mucho la expresión “a corazón abierto”, que yo aprendí primeramente de Juan Antonio Monroy. Y, verdaderamente, “a corazón abierto” me lanzo a esta difícil empresa, en la que tendré que hablar también de lo que conozco por mi propia experiencia personal. Si de estos estudios sale una mejor comunión fraternal entre los hijos de Dios, me daré por satisfecho del gran esfuerzo realizado.

Cada uno de mis lectores puede usar para estos estudios la versión o versiones que acostumbre utilizar, pero yo voy a traducir lo más literalmente posible de los originales, que, en los manuscritos (abr.mss.) más fiables, contienen con mayor exactitud lo que Dios nos dice realmente en su palabra escrita. Sin ningún rubor por mi parte, yo os aconsejo que uséis la Biblia de las Américas, lo mejor que tenemos en el lado evangélico. Si descartamos de las versiones católicas los libros y porciones que no se incluyen en las nuestras, también los católicos disponen de buenas versiones (Bover-Cantera, B. de Jerusalén, Nueva Biblia Española de Alonso Schökel, Cantera-Iglesias y muchas otras).

Además de las abreviaturas corrientes para citar los libros de la Biblia, se usa mucho –y así lo hago- la abreviatura cf., que significa *cónfer*, imperativo latino que tiene el sentido de “véase en” o “compárese con”. Igualmente usaré mucho la abreviatura p.ej. = por ejemplo. Para la versión griega del AT (llamada la Septuaginta, por creerse que la hicieron 70 traductores), se usan los números romanos LXX.

Notará el lector que ésta es la 1ª. vez que, en mis escritos, uso en todos los apartados la numeración lisa y llana; p.ej.: **4** (tema), **4.1.** (apartado principal), **4.1.3.** (división), **4.1.3.1.** (1ª subdivisión), etc. Es el modo “moderno” y tiene, entre otras ventajas, la facilidad de hacer las referencias. En cualquier tema, apartado, etc. en que se necesite hacer una referencia, p. ej., al tema 4, apartado 1, 3ª. división, 1ª. subdivisión, bastará con decir: cf. 4.1.3.1.

Tengo una deuda de gratitud con los hermanos que generosamente han dado de su tiempo para examinar mi escrito y hacer las oportunas sugerencias antes de entregarlo a los editores. Ellos han contribuido grandemente a que este libro haya visto la luz pública sin tener que avergonzarse de su viejo autor. No menciono sus nombres porque así me lo aconsejan la prudencia y el afecto fraternal, pero a todos ellos les aseguro que todas y cada una de las sugerencias que me han hecho han sido tenidas en cuenta, y cada una de las preguntas que me han dirigido está aquí respondida.

Uno de esos hermanos me preguntaba si los temas que trato en este libro guardan alguna conexión entre sí. No pensé en este detalle al hacer la 1ª redacción, pero sí que la tienen, al menos a mi modo de ver. En efecto, el tema 1 carga con la parte más fuerte del contenido: Lo que el Evangelio realmente significa, y la decisión radical que demanda de todo oyente o lector. El tema 2 nos sitúa entonces en la conversión. El tema 3 analiza el modo como la Trina Deidad se comunica con los seres humanos, especialmente con los ya *convertidos*. El tema 4 nos humilla y, al mismo tiempo, nos levanta, al considerar lo que cada uno de nosotros, los hijos de Dios, significamos para nuestro Padre de los cielos. El tema 5, en correspondencia con lo que yo significo para Dios, me obliga a someterme a Su voluntad como el mejor modo de agradecerle Su amor. El tema 6 nos declara el secreto de la perfección cristiana: dejar lugar en nuestro corazón para Dios y para nuestro prójimo. El lugar que ocupa el tema 7 no necesita ninguna explicación; es la coronación final de todo lo demás que ocurre en nuestra vida mortal.

Francisco Lacueva.

Malmesbury (Inglaterra), a 1 de noviembre de 2000

1. ¿Qué es, en realidad, el Evangelio? (Mr. 1:15)

Lect. Mr. 1:9-15.

1.1. El Evangelio es, en realidad, una “Persona-Acontecimiento”.

1.1.1. Esta Persona es Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre y venido a este mundo a hacernos la exégesis del Padre (cf. Jn. 1:18; 3:16).

1.1.1.1. No sé si alguna vez hemos captado de veras lo que eso significa. Desde aquellos siglos IV y V de las controversias cristológicas, con todo el tecnicismo de las nociones prestadas de la filosofía griega, la Iglesia en general, y los fieles de todos los tiempos en particular, han tendido y tienden a poner el énfasis en la naturaleza divina de Jesús, dando de lado a las características tremendamente humanas del humilde carpintero de Nazaret. Viene a salvar a la humanidad, y se pasa 30 años sin predicar, sin enseñar, sin hacer milagros y, al final, va a bautizarse en el Jordán de manos del Bautista como un cualquiera. No importa. Ese era el plan del Padre y él venía, ante todo, a obedecer (cf. Mt. 4:4; Jn. 4:34; Flp. 2:9). El Hijo de Dios no se humilló al hacerse hombre, sino al tomar la “forma de esclavo” y obrar en consecuencia (cf. Flp. 2:7-8). ¿Y habrá, entre nosotros, quien prefiera mandar antes que servir?

1.1.1.2. No se humilló al hacerse hombre –digo- y, sin embargo, ¿no es verdad que nos cuesta imaginarnos al Hijo de Dios encerrado en un embrión y enclaustrado por nueve meses en el vientre de una mujer? Y luego, al darlo a luz María, llorar como los demás bebés, buscar el pecho con hambre, no poder tenerse de pie...Le tienen que enseñar a andar, a hablar, a leer el hebreo, a entender lo que le dicen, etc. Lucas se ocupa de recordárnoslo (cf. Lc. 2:38, 52). ¿No es cierto que nos cuesta imaginar a Jesús haciendo sus necesidades, primero en los pañales como los demás bebés y, después también, como cada hijo de vecino? (cf. Heb. 2:11-14). Se hizo “carne” (Jn. 1:14), con todas las consecuencias, hasta la de ser *tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado* (Heb. 4:15). Bien se ha dicho que el corazón de Cristo era como un vaso de agua clara sin posos; podía ser agitado, pero no enturbiado, porque era *sin pecado*. Pero eso no quita fuerza a la tentación, a la triple tentación, tan astutamente preparada por Satanás.

1.1.1.3. Pero su mayor humillación no fue física, sino moral. A la luz siniestra de Jn. 8:19, 41, se deduce fácilmente que Jesús vivió, frente a sus enemigos, como hijo ilegítimo, bastardo. ¿Sólo José se dio cuenta de que María estaba embarazada? ¿No se daría cuenta más de uno en aquel pequeño pueblo de Nazaret? ¿No era bastante con proceder de un lugar de tan poca importancia? (cf. Jn. 1:46; 7:52). Mt. 1:18 dice así lit. “*El nacimiento de Jesús era así: Estando prometida a José su madre María, antes de*

que se juntasen fue hallada embarazada por obra del Espíritu Santo.” Mateo se apresura a decir que, *en realidad*, aquel embarazo no se debía a fornicación, pero eso no lo sabía ni José, su prometido y, por eso, se disponía a repudiarla (v. 19). Desde entonces surgió el rumor, abiertamente propagado por Celso a mediados del siglo II, de que Jesús era hijo de María y de un soldado romano de guarnición en Nazaret. ¡Y Dios no hizo ningún milagro, ni para impedir que surgiera el rumor ni para taponarle la boca a Celso! (comp. p.ej., con 1 Rey. 13:4-5). ¿No nos hará esto amar todavía más a nuestro Salvador, que hasta esto se abajó por nuestro bien?

1.1.1.4. Pero ahora viene lo más asombroso. Jesús dice abiertamente en Jn. 14:9: “***El que me ha visto a mí, ha visto al Padre***”. Esto significa que el Padre, el Yahwéh santísimo, infinito en amor, sabiduría y poder, es enteramente, no *el mismo* (la misma *Persona*), pero sí *lo mismo* (la misma *naturaleza*), que Jesús. En otras palabras, **no hay nada en Dios Padre que no esté reflejado en Jesús de Nazaret**. Viendo a Jesús, se puede decir con toda verdad: **¡Así es nuestro Dios!** Y ahora, pensemos en la bondad de Jesús, en su inmensa compasión (cf. Jn. 8:10-11), en su inmensa ternura (cf. Jn. 11:35 “*lloró Jesús*” –el v. más corto de la Biblia nos dice que Dios derramó lágrimas de amistad entrañable por los ojos de Jesús). Aquí fue un mudo *derramó lágrimas* (gr. *edákrusen*), pero en Lc. 19:41-44, dice *lloró a gritos* (gr. *éklausen*). Comentando este llanto de Jesús, dice Philip Yancey, en su libro *El Jesús que Nunca Conocí*, p. 75: “Los discípulos le habían propuesto a Jesús que hiciera descender fuego sobre ciudades impenitentes; por contraste, Jesús pronunció un grito de impotencia, un asombroso “¡Oh, si al menos conocieras en este día lo que es para tu bien...!” de labios del Hijo de Dios. No quería imponerse por la fuerza a los que no querían” Y, poco antes, (p. 74): “Dios no es un nazi. De hecho, el Soberano del universo se hizo víctima de él, impotente ante un grupo de soldados en el huerto. Dios se hizo débil con un solo designio: para permitir a los seres humanos que escogieran libremente qué es lo que quieren hacer de Él.” ¿Hasta eso llega nuestro Hacedor? Si esto no nos conmueve, ¿de qué tenemos hecho el corazón?

1.1.2. Hubo una “hora” (cf. Jn. 2:4) en que el Padre se nos reveló en toda la profundidad de su amor hacia nosotros. Esa “hora” tuvo su tiempo especial en la pasión y muerte del Salvador.

1.1.2.1. Creeríamos que ya era bastante con el “vaciamiento de sí mismo” (gr. *kénosis*) que hallamos en Flp. 2:7, pero el colmo de la manifestación del amor de Dios hacia nosotros es que fue el Padre quien lo envió a sufrir, a dar su vida por nosotros (cf. Jn. 3:16; 10:18; Hch. 2:23; Rom. 5:5-10; Flp. 2:8 “...*obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*”). Como dice W. Kasper (citado por Bruno Forte en *Teología de la Historia* – desde ahora, *TDLH--*, p. 53): “Dios tan infinito que es el infinito incluso en lo finito, tan libre que incluso y precisamente en la obediencia es libre, tan libre que en su rebajamiento manifiesta su señorío.”

1.1.2.2. Los sufrimientos de Cristo deberían tenerse en cuenta cuando nos enfrentamos con el problema del mal: del mal *físico*, que a veces nos atenaza terriblemente a nosotros mismos y se nos lleva, sin previo aviso, a nuestros seres más queridos, tentados a preguntarse, ante horribles sufrimientos: “¿Acaso me lo merezco yo? ¿Por qué a mí?” Leamos detenidamente Lc. 13:1-5. Ante la insinuación de que el sufrimiento es un castigo de Dios a los pecadores, Jesús replica que también los que obran bien, los que están cumpliendo con su deber, están abiertos al sufrimiento, y que todos debemos arrepentirnos para no perecer. Sobre el mal *moral*, *el pecado horrible de Pilato* al “mezclar la sangre de los galileos con los sacrificios de ellos”, Jesús no dice una palabra, pero él sabía que Dios respeta la libertad del ser humano y no la quiere forzar de ningún modo (cf. Mt. 13:24-30, 36-43 –parábola de la cizaña). La pregunta correcta no es: “¿Por qué sufren unos más que otros?”, sino: “¿Qué he hecho yo de bueno para continuar viviendo?” (cf. 2 P. 3:9). Una mentalidad lindante con la magia hace que muchos se imaginen a Dios como un “super-policía” siempre dispuesto a descargar el golpe sobre quien se desmande en el cumplimiento de la ley o, por otro lado, como un “tapa-agujeros” que debe acudir presto, ya sea a abrir el grifo para que llueva a nuestro gusto, ya sea para libramos del apuro en que nos hallamos por escasez de medios de fortuna, por enfermedad paralizante, por accidentes sufridos a causa de nuestra imprudencia, etc. Aun en sus liberaciones, Dios es soberano, detalle que con frecuencia olvidamos. Dice Jaime Fernández, en *Con la música a otra parte* (CLIE, Terrassa, 1999), 23 de octubre (desde ahora, con la abrev. *CLMAOP*):

“Es curioso cómo en la Biblia, Dios nunca promete liberación total, ni victoria sobre todas las circunstancias. La fe y la relación con Dios no son la lámpara de Aladino que uno pide e inmediatamente los deseos se cumplen. No es así; pasamos por fuegos y por ríos profundos. A veces salimos mojados y un poco quemados: las circunstancias nos vencen en ocasiones y no tenemos manera de escapar de ellas. Sufrimos y (también a veces) lloramos porque no entendemos el porqué de muchas cosas...pero no somos completamente derrotados. **Vivimos con las cicatrices de las heridas, pero el fuego no nos quema por completo.** Los ríos nos mojan, pero no nos ahogamos. Por una razón muy simple: por una bendita razón...Dios está con nosotros. Eso hace toda la diferencia.”

1.1.2.3. La pregunta se hace más aguda: ¿Y por qué tenía que sufrir el Hijo de Dios? “Dios está con nosotros” –dice muy bien Jaime. ¿Y dónde estaba Dios cuando le llegó la **hora** a Jesús? ¡Vedle desconsolado en la agonía de Getsemaní, vedle desesperado en la Cruz (“¿Para qué me dejaste atado y encerrado?” –breve paráfrasis de Mt. 27:46; Mr. 15:34), vedle morir indefenso, burlado de los malos, abandonado de los buenos, negado por Cefas, traicionado por Judas, desamparado por el Padre...El Hijo de Dios se ha despojado de todo “menos de su amor” (C. Wesley). Es el único ser humano que, desde toda la eternidad, sabe que está destinado a morir violentamente (cf. 1 P. 1:20). Basta leer detenidamente los Evangelios para ver hasta qué punto, increíble, vino a sufrir aun antes de nacer (recuérdese lo dicho en 1.1.1.3.), es dado a luz en un establo (cf. Lc. 2:7), escuchando profecías sombrías la 1ª. vez que entra en el templo (cf. Lc.

2:34-35), llenando de turbación, no de regocijo, a su amada Jerusalén (cf. Mt. 2:3), yendo de una parte a otra porque lo persiguen (cf. Mt. 2:13-14), sus discípulos no lo entienden (cf. Mr. 4:41; Jn. 6:60, 66), los curados por él le desobedecen, teniendo que ir a ocultarse (cf. Mr. 1:40-45), las “fuerzas vivas” lo odian a muerte y, por fin, acaban con él. ¿Por qué? Sencillamente, por no haber escuchado los sabios consejos de Satanás (cf. p.ej. Lc. 4:1-13; comp. Mt. 16:21-23). ¿No podía haber triunfado por las buenas y haber convertido almas a millones? Vive unos 33 años, ¡y se pasa 30 haciendo de carpintero! ¿Qué clase de “Salvador” es éste? ¡Ah! **“Era necesario...”** (Lc. 24:26, 44, 46). Estoy leyendo el libro de Philip Yancey, antes mencionado y, después de cada lectura, sólo me dan ganas de prorrumpir en sollozos, viendo hasta qué punto se abajó Dios para solicitar mi amor al que tiene todos los derechos. Quiere que se lo dé con entera libertad. Como dice Jaime Fernández, en *CLMAOP*, 4 de octubre: “Un acto de lealtad con toda la libertad vale más que millones de fidelidades forzadas.”

1.1.2.4. Después de todas estas muestras de amor por parte de Dios, me viene a la mente uno de los más inspirados himnos de D. Mariano San León, el n.º. 231 en el himnario que usábamos en Vigo:

¡Qué amor tan inmenso, Señor, en ti he visto!
 ¡Qué amor me revela tu hondo sufrir!
 ¿Quién puede su vista posar en tu leño
 Y luego insensible su ruta seguir?

¡Misterio profundo la Cruz del Calvario!
 ¡El Verbo humanado muriendo por mí!
 ¿Qué viste en el hombre, Señor, que te llegas
 Al leño espantoso y mueres así?

No hay contestación posible, pues es, en verdad, un profundísimo misterio. Pero D. Mariano, en una 3ª. estrofa, rebotante de bellas metáforas, nos indica la única actitud correcta de nuestra parte: apagar, temblando, todo intento nuestro de autosuficiencia:

Amor del Calvario sublime te muestras,
 El Gólgota tiembla y ocúltase el sol.
 ¿Qué brazo, temblando, no apaga la antorcha
 Que, ciego a tu gracia, por su norte alzó.

1.2. Esa “hora” designa un “kairós”.

1.2.1. El vocablo gr. “hóra” =hora, ocurre 106 veces en el NT y, en la mayoría de los casos, significa un “kairós” = oportunidad (cf. Ecl. 3:1-8), no un “jrónos” = tiempo de nuestros relojes. En efecto, cuando los LXX vertieron al griego el hebreo del Antiguo Testamento, tradujeron el hebr. *eth* por *kairós*, no por *jrónos*. La lección que nos brinda Ecl. 3:1-8 (cf. 7.1.2.) es que los tiempos y sazones bajo el sol están fijados por Dios (cf. Hch. 1:7 “*jrónous è kairoùs*). Es menester tener a mano un buen comentario para no extrañarnos de algunas de esas oportunidades, como la de “matar” (Ecl. 3:3), que significa condenar a muerte justamente, o las de “rasgar” y “coser” (Ecl. 3:7), referentes a la costumbre de rasgarse las vestiduras y tener que coserlas de nuevo más tarde. De esas “horas-kairós” nos interesan ahora sólo tres: *la hora del conflicto, la hora de la decisión y la hora de la consumación*.

1.2.1.1. Para *la hora del conflicto*, pueden verse, p.ej., Mt. 26:45, 55; Mr. 14:35, 41; Lc. 22:53; Jn. 7:30; 8:20; 12:23, 27; 13:1 y 17:1, pero escojo tres textos por su especial importancia:

1.2.1.1.1. Jn. 2:4. A la insinuación de su madre María (v. 3), contesta Jesús, no airado, pero sí malhumorado, que eso no es competencia de ella y que todavía no ha llegado “su hora”, es decir, la hora de Jesús, que es la hora del Calvario (cf. Jn. 19:26-27). El original dice: *Tí emoì kai soí, gúnai*; = *¿Qué a mí y a tí, mujer?* No cabe duda alguna de que la frase indica reproche, aunque velado por el epíteto “mujer”, que no es señal de desdén, sino de respeto, pues equivale a “señora” (cf. 2 Sam. 19:22, de reproche fuerte). Con el precedente de Lc. 2:49, podríamos verter, atendiendo al hebraísmo: “*¿Quién te mete a ti en mis asuntos? (que son los de mi Padre –cf. Lc. 2:49). Todavía no ha llegado mi hora*”.

1.2.1.1.2. Jn. 16:32: “*Mirad, la hora viene, y ya ha llegado, en que seréis esparcidos, cada uno por su lado, y me dejaréis solo*”. Es siempre la misma “hora”, la del conflicto de Jesús con el poder de las tinieblas (cf. Lc. 22:53). Jesús sabía todo lo que le había de sobrevenir (Jn. 18:4) y por eso había profetizado a sus discípulos (cf. Mt. 26:31; Mr. 14:27 –en ambos dice Jesús que ya estaba escrito, pues Zac.13:7 lo había predicho) que, a la hora de la verdad, lo dejarían solo. Era uno más (uno de los más amargos) de los sufrimientos que habría de soportar en su Pasión. Es iluminativo el inciso en Jn. 16:32 “*cada uno por su lado*”, pues está en conformidad con lo que ocurre en un rebaño de ovejas cuando el lobo las ataca: alocadas por la sorpresa del ataque, se esparcen por todos los lados, en lugar de reunirse junto al pastor.

1.2.1.1.3. Jn. 19:26-27: “*Viendo Jesús a la madre y al discípulo a quien amaba, que estaba en pie allí cerca, dice a la madre: ¡Mujer, he ahí tu hijo! Después dice al discípulo: ¡He ahí tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su propia (casa, como si fuera madre suya)*”. La escena es enternecedora y todos los verbos gr. (excepto el *egápa* = *amaba*, necesariamente en un tiempo pasado en que comenzó ese amor) están en pres. de indicativo o de participio, para dar mayor viveza a la narración. Jesús se preocupa de su madre viuda, ahora que él la va a dejar físicamente. ¿A quién la encomendará? Sus hermanos carnales no son todavía creyentes (cf. Jn. 7:5) ¿A quién mejor, pues, que al discípulo amado, el único que presencia de cerca la agonía del Maestro? No estarán solos en casa, pues el hecho de que Juan *la reciba en su propia (casa)*, es señal de que Juan está ya casado. Juan y su esposa (cf. 1 Cor. 9:5) la tratarán como a una verdadera madre y, si María sobrevive muchos años a Jesús, cuando Juan tenga que marchar de casa con alguna comisión (cf. p.ej. Hch. 8:14), allí quedará su esposa para cuidarla. Eso de que “Jesús virgen entregó su madre virgen al discípulo virgen” es una más de las falsificaciones de la Iglesia de Roma. No quiero dejar sin mencionar que también ahora, como en 2:4, Jesús dice “*Mujer*” (gr. *gúnai*), pero ahora con la mayor dulzura.

1.2.1.2. Para *la hora de la decisión*, cf. Jn. 4:21-24; 5:25; 16:4; de nuevo Jn. 16:32 y 19:27, analizados en 1.2.1.1. y Ap. 3:10 (a Filadelfia): “*Porque has guardado la palabra de mi perseverancia, yo también te guardaré de la hora de la prueba, esa que está por venir sobre todo el mundo para probar a los que habitan sobre la tierra*”. Para entender bien esta promesa, conviene saber lo siguiente:

1.2.1.2.1. La carta a la iglesia de Filadelfia (Ap. 3:7-13) no contiene ningún reproche: “*El que tiene la llave de David*” (v. 7), les va a “abrir” una magnífica oportunidad de continuar en sus buenas obras ejercitando su celo misionero, a pesar de que ellos, al revés que la iglesia de Laodicea, se sienten pobres de toda clase de fuerzas (v. 8): “*porque tienes un poco de poder, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre*”. El mayor tesoro de esta iglesia es que *Jesús la ama* (v. 9, al final). Todavía hoy hay un grupo de cristianos en este lugar.

1.2.1.2.2. A pesar de esta fidelidad, el Señor les anuncia (v. 10) una *prueba* que, a nivel histórico, se perfila como una gran persecución *que está a punto de venir sobre todo el mundo*, es decir, una de las grandes persecuciones levantadas contra los cristianos por los emperadores romanos, en concreto, por Trajano, ya que ésta fue más extensa que las de Nerón y Domiciano. Esta iglesia ya había pasado bien una prueba anterior, según la 1ª. frase del versículo: “*Porque has guardado la palabra de mi perseverancia*”= *porque has cumplido mi mandamiento de aguantar bajo el peso de las circunstancias* (gr. *hupomonês mou*).

1.2.1.2.3. En correspondencia con esta fidelidad de esta iglesia, Jesús le promete *guardarla de la hora* (gr. *teréso ek tês hóras*), no *a través de* (gr. *dià*) *de la hora*. Esto indica que esta fiel iglesia va a ser **exenta de entrar en la prueba que se avecina**, lo

cual nos lleva, a nivel profético, a la hora de la Gran Tribulación. Dice J. F. Walvoord, en *The Bible Knowledge Commentary, New Testament*, p. 939, col. 2ª.: “Es difícil ver cómo podría Cristo haber hecho esta promesa a esta iglesia local, si fuera la intención de Dios que toda la Iglesia pasara por la Tribulación que ha de sobrevenir a todo el mundo.” No debe pasar desapercibido el hecho de que la frase gr. *toùs katoikoúntas epì tês gês* señala siempre en Ap. a los que, en su impenitencia definitiva, se aferran al domicilio terrenal a pesar de todos los castigos que Dios les envía.

1.2.1.3. Para *la hora de la consumación*, además de Jn. 5:28; 1 Jn. 2:18 y Ap. 3:3, 10 (este último ya ha sido analizado en 1.2.1.2.), vamos a analizar los siguientes:

1.2.1.3.1. Mr. 13:32 (parábola de la higuera): “*Pero de aquel día o de la **hora** nadie sabe, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.*” Sin duda, eso de “*ni el Hijo*” suena demasiado fuerte, teniendo en cuenta que ahí está expresa su Deidad, no dice “el Hijo del Hombre”. Para entender bien la frase es necesario percatarse de que el despojo del Hijo de Dios en la encarnación (cf. Flp. 2:7) significó que el Hijo de Dios, en su estado de humillación, no se despojó de su Deidad ni de sus perfecciones divinas, pero sí renunció al uso independiente de dichas perfecciones (cf. p.ej. Jn. 8:28). En este caso, no usó su omnisciencia.

1.2.1.3.2. Lc. 12:39 (parábola del siervo vigilante): “*Y sabed esto: que si el dueño de la casa hubiera sabido a qué **hora** iba a venir el ladrón, no habría permitido que horadara su casa.*” El lugar tiene su paralelo en Mt. 24:45-51, y en ambos es patente que Jesús se refiere a su 2ª. Venida (cf. 1 Ts. 5:2). Pero el cristiano no tiene que esperar *señales*, sino *al Esposo*, que vendrá a *arrebatarlo* (cf. 1 Ts. 4:17), sin que tenga que pasar por la Gran Tribulación. Es mi firme convicción que Ap. 4:1 supone ya realizado dicho arrebatamiento, pues en el v. 10, los “*veinticuatro ancianos*” –“*reyes y sacerdotes*” (5:10) representan a la Iglesia (cf. 1 P. 2:9).

1.2.1.3.3. Ap. 3:3 (carta a Sardis): “*Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oíste; guarda(lo) y arrepíentete. Por tanto, si no velas, vendré como ladrón, y no sabrás a qué **hora** vendré sobre ti.*”.

Un breve análisis nos ayudará a entender toda la porción: El vb. *acuérdate* está en pres. de imp., lo cual indica “un recuerdo constante” que no permite el olvido ni por un instante. También el vb. *guarda(lo)* = *obedece*, está en pres. de imp. Pero el vb. *arrepíentete* está en aor. de imp., indicando una decisión que debe tomarse de una vez por todas. No hay tiempo que perder. La iglesia de Sardis está espiritualmente muerta; tiene que despertar y velar, pero antes de nada tiene que *arrepentirse* = *cambiar de mentalidad y de conducta*. Y, como en 1.2.1.3.2., de nuevo la mención del “*ladrón*”, que viene a la hora *que no se sabe*. ¡Hermanos! ¿Nos parecemos a la iglesia en Sardis? ¡Cuidado, pues, que va para nosotros!

1.3. Pero no hay que esperar a la “consumación” para decidirse.

1.3.1. Para cada uno de nosotros, *la hora de la decisión fundamental* es el “hoy” y el “ahora”, cf. 2 Cor. 5:11--6:2, especialmente 6:2: “*En tiempo propicio te escuché y en día de salvación te socorrí. He aquí, ahora es la oportunidad (gr. kairós) propicia; he aquí, ahora es el día de salvación.*” (comp.con Is. 55:1-3); Ap. 22:17 (ternura de invitación hasta el fin): “*Y el Espíritu y la esposa (¡tu iglesia! –y la Iglesia) dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que desea, que tome gratuitamente del agua de la vida*”. Es la última oferta desde aquella que tuvo lugar un día en que el Hijo de Dios, fatigado del camino, se había apoyado *así* (gr. *hoútos*= *de esta manera* –es decir, como se sienta uno que está fatigado) sobre el brocal de un pozo, en un mediodía caluroso: Juan 4:13-15: “*Respondió Jesús y le dijo: Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga sed ni venga hasta aquí a sacar*”. En ese momento, esa **mujer, samaritana, pecadora**, tomó su gran *decisión*: **optó por Jesús**. ¡Hermanos y hermanas! ¡Amado lector! En la vida de cada uno de nosotros, hay un momento, una “hora” en que nos jugamos la eternidad. Sí, en ese presente movedizo del tiempo, se empalma la eternidad de **salvación o condenación**. Dice B. Forte, en *TDLH*, p. 46: “*Crear en el misterio revelado y hacerse partícipe de él es salvación; rechazar la revelación es condenación, porque es cerrarse a la autocomunicación gratuita y liberadora de Dios...(Mr. 16:16)*”. En estos momentos, me siento con una responsabilidad similar a la del centinela de Ez. 33:1-19, de donde extraigo los vv. 7-9, que Yahwéh dirige a los responsables de Israel, y que yo, igualmente de parte de Dios, dirijo a todo inconverso que lea estas líneas y a todo pastor responsable de la salvación o condenación de las almas: “*Y a ti, hijo de hombre, te he puesto por centinela de la casa de Israel; oirás, pues, la palabra de mi boca, y les advertirás de mi parte. Cuando yo diga al impío: “Impío, ciertamente morirás”, si tú no hablas para advertir al impío de su camino, ese impío morirá por su iniquidad, pero yo demandaré su sangre de tu mano. Pero si tú, de tu parte adviertes al impío para que se aparte de su camino, y él no se aparta de su camino, morirá por su iniquidad, pero tú habrás librado tu vida*”.

1.3.2. Amado lector, ante la solemnidad de lo que acabas de leer, ¿has tomado ya esa *decisión*? ¡No puedes diferirla imprudentemente! Te aseguro que no hay para ti ninguna cosa tan importante y tan urgente.

2. ¿En qué consiste la conversión? (1 Ts. 1:9-10) Lect. Mt. 7:13-27.

2.1. El proceso del “enloquecimiento”.

2.1.1. A la luz de Gn. 3:6 ss. y Lc. 15:11 ss., os invito ahora a observar un proceso de **alienación**, es decir, de “enajenación” y, por tanto, de “enloquecimiento”. Es un proceso *dialéctico*, con su tesis = posición, su antítesis = contraposición, y su síntesis = composición. Vamos por partes:

2.1.1.1. El punto de partida es una situación de calma (cf. Gn. 2:25; Lc. 15:11). Una “posición” segura, según las apariencias. No ha comenzado la prueba.

2.1.1.2. La contraposición comienza cuando uno se enfrenta con circunstancias imprevistas, puestas por Dios para poner a prueba a los seres humanos en cuanto a su **opción fundamental**, y a los hijos de Dios en cuanto a su **fidelidad a su Padre**. Es así como se cumple la simbiosis del “yo y mi circunstancia”, según la conocida expresión de Ortega y Gasset. Y comienzan a *pasar* cosas. Como también decía Ortega: “La vida consiste en *lo que nos pasa*; pero, inmersos en sociedad, nos guste o no, también consiste en *lo que les pasa a los demás*”. El ser humano no puede despojarse de su condición social y, para los cristianos, de su condición de miembros del Cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor. 12:13). ¿Somos o no somos miembros del mismo Cuerpo? En efecto, sólo los que son “*como Caín que era del maligno*” (1 Jn. 3:12) pueden decir (Gn. 4:9): “¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?”.

2.1.1.3. ¿Cómo reaccionamos ante la prueba, ante la “contraposición”?

2.1.1.3.1. Hay un modo positivo, de victoria, de reaccionar ante la prueba. Es el modo como reaccionaron los grandes santos del Antiguo Testamento (José, Samuel, Daniel) y del Nuevo Testamento (José de Nazaret, Juan el Bautista, el apóstol Pablo). Nos han dejado un magnífico ejemplo que debemos imitar (cf. Flp. 3:17; Heb. 13:7).

2.1.1.3.2. Pero hay también un modo negativo, de derrota, de encarar la prueba. Veamos cómo reaccionaron nuestros primeros padres. Sabían (Gn. 2:17) que *comer del árbol prohibido conducía a la muerte*. Con todo, se dejaron persuadir por el diablo. Gn. 3:4b-5: “*Ciertamente no moriréis. Porque sabe Dios que el día que de él comáis, serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal.*” El diablo sabe que el día en que desconfíes de Dios, comienza tu *alienación*. Mira el v. 6, y verás cómo han entrado ya las tres concupiscencias de 1 Jn. 2:16. El funesto resultado se palpa en los vv. 8-13. Cada uno echa la culpa a **otro**. Pasemos ahora al Pródigo de Lc. 15:11 ss. ¿Qué le faltaba en casa de su padre? ¿Qué verdadero bien

podía alcanzar fuera del hogar donde un padre amoroso le proveía de todo lo necesario y conveniente? ¿Que podía contrapesar el calor de aquel hogar? Pero erraríamos, amigo lector, si entendiéramos esta parábola a nivel humano, de un padre cualquiera, por muy bueno que sea. Bajo el ropaje decorativo de la parábola, Jesús quiso describirnos cómo es el corazón del Padre de los cielos ¡Él es el verdadero protagonista de la parábola, y así hay que leerla!

2.1.1.3.3. Volvamos al Pródigo. ¿Qué enajenación sufrió para tomar la loca decisión que tomó? ¿Acaso tenía celos de su hermano, del hermano mayor, a quien correspondía mayor parte de la herencia? No lo creo. Fue, sin duda, por el deseo de hacer de su libertad un uso independiente (al contrario que Jesucristo). Y se marchó de casa. ¡Con qué tristeza lo vería marchar su bondadoso padre! ¡Con esa tristeza te mira tu Padre de los cielos cuando le das la espalda para dar gusto a las cosas de la carne! ¿Adónde se marchó? “*A un país lejano, y allí malgastó su hacienda, viviendo perdidamente (con ramerías –v. 30)*” (Lc. 15:13b).

2.1.1.3.4. El Hijo Pródigo se marchó de su casa *a un país lejano*, pero no pudo marcharse *del corazón de su padre*. Igual que su padre no dejó de serlo por la marcha del hijo, tampoco él dejó de ser hijo por huir del padre. Hijo se fue, hijo volvió, aunque se marchó enloquecido y volvió sano. Lo dice el v. 17 al pie de la letra: “*Vuelto en sí,...*”; luego había estado *fuera de sí*. ¡Que lección tan hermosa tenemos aquí para todo hijo de Dios que ha cometido la locura de alienarse de su Padre por algún tiempo! Cuando el Espíritu Santo despierta (Ef. 5:14) al adormecido, el camino de vuelta es una promesa de mayores bendiciones para el futuro: **se ha vivido una experiencia iluminadora y enriquecedora** (cf. Lc. 22:32). Pueden verse los tres pasos de esa vuelta del Pródigo en Lc. 15:17-20: “*Vuelto en sí, dijo, etc. -¡reflexión!* “*Me levantaré e iré a mi padre*” - **¡decisión!** “*Y levantándose, fue a su padre*” - **¡acción!** ¡Cuántos dan los 2 primeros pasos, **pero nunca dan el 3º!** ¡Y cuánta verdad encierra el aforismo popular que dice: “el infierno está empedrado de buenas intenciones”! Amigo lector, ¿has dado tú ese tercer paso? Date cuenta de que te juegas la eternidad. Y si eres hijo de Dios, ¡enhorabuena! ¡no irás al infierno! Pero, ¿vas a tomar de ahí pretexto para pecar? ¿No te das cuenta de que “*nuestro Dios es fuego consumidor*”? (Heb. 12:29).

2.1.1.3.5. La acogida que el buen padre dio a su hijo tan pronto como éste volvió a casa nos habla también de *unión indisoluble y de comunión restaurada*. La gracia corrió a besar al Pródigo en sus harapos, y la justicia se dio prisa a vestirlo con ropas de festín (cf. 2 Cor. 5:21), porque, ¿cómo podría haberse sentado al banquete con los sucios andrajos? Para pecar, tuvo que malgastar toda su fortuna, porque el diablo es muy mal pagador: paga con la muerte al que trabaja para el pecado; en cambio, el favor de Dios es siempre gratis y para vida eterna (cf. Rom. 6:23): el Pródigo no tuvo que pagar nada por el precioso traje que cubría su desnudez espiritual, ni por el anillo que sellaba un nuevo pacto de amor, ni por las sandalias que proveían una mejor andadura, ni por el ternero cebado, preludio seguro del banquete escatológico.

2.1.1.3.6. Notará el lector que, en todo el episodio, se destaca el gozo del padre por encima de la condición moral del hijo perdido y hallado; está tan claro, que el Señor no tiene que repetir el estribillo de los vv. 7 y 10. En realidad, la parábola debería llevar por título: “La parábola del Padre Generoso” ¡Amigo lector! Por pesada que sea la carga de tus pecados pasados, no temas acercarte a Dios. Es un Padre infinitamente amoroso. ¡Es **Amor!** (cf. 1 Jn. 4:8, 16). Por mucho que tú le hayas ofendido, Él te espera para alegrarse de haberte hallado. Estabas *perdido y echado a perder*, pero Jesús vino *a buscar y a salvar lo perdido* (cf. Lc. 19:10). Con una confesión sincera y un arrepentimiento genuino, los puntos negros de tu vida pasada se convertirán en constelaciones de perdón.

2.2. Volvamos al concepto de “conversión”.

2.2.1. Leamos despacio y meditemos sobre Mt. 7:13-27.

2.2.1.1. Veamos primero los vv. 13 y 14. “*Entrad por la puerta estrecha; pues ancha (es) la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por ella. Y estrecha (es) la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y son pocos los que la hallan.*” Notemos que Jesús no dice: “Mirad. Hay dos puertas: una estrecha y otra ancha; una lleva a la salvación; la otra, a la perdición. Vosotros veréis lo que hacéis. Yo ya os he avisado.” Así hablaría alguien a quien no le concierne de cerca la suerte de los demás. Comp. con Mt. 27:4, donde los principales sacerdotes y los ancianos responden a Judas: “*A nosotros, ¿qué? ¡Allá tú!*” (¡No tenían corazón!). Pero Jesús dice: “*Entrad* (gr. *eisélthate* –aor.) *por la puerta estrecha...*”. Invita, urge, apremia, porque le interesa muchísimo nuestra suerte. ¿A qué vino a este mundo? (cf. p.ej., Mt. 20:28; Jn. 3:16; Rom. 2:4; 5:8).

2.2.1.2. Veamos ahora los vv. 15-23. “*Cuidaos, etc.*” Notamos en Jesús el mismo interés. Les dice: primero, cómo los conocerán: el *fruto* no engaña; segundo, para nada sirve invocar ni obrar milagros, cuando no hay “comunidad”(v. 23).

2.2.1.3. Finalmente, los vv. 24-27 (parábola de los albañiles) ¡Hermano, amigo! ¿Sobre qué edificas tu vida? ¿Vives de ilusiones o de realidades? La moderna filosofía (idealista) desde Descartes, ha invertido el método de investigar la realidad al subordinar el “ser” al “pensar”, con lo que la verdad se relativiza, pero es en la vida práctica donde esta ilusión del “pensar sin ser” tiene consecuencias amargas por toda la eternidad. Esa subordinación del “ser” al “pensar” comenzó realmente con R. Descartes y ha corrompido toda la filosofía posterior no asentada en la base firme de una “realidad” a la que forzosamente se ha de ajustar el pensamiento humano para no errar. Voy a explicar un poco más lo que acabo de decir, dada su importancia: La verdad objetiva no está en lo que yo piense acerca de la *realidad*, es decir, del *ser*. Está en que mi *pensar* se ajuste a la *realidad* del mejor modo posible, en la *subordinación del pensar al ser*. En el orden natural, esa *certeza* es producida en la razón por la *evidencia*. En el orden sobrenatural, esa *certeza* se tiene por fe en la autoridad de Dios,

mayor que toda otra evidencia. Pero no es eso sólo. La filosofía cristiana ve en el buen “conocer” el amar; y en el buen “amar” el mejor conocer. Dice el filósofo español A. González Álvarez, en su *Teología Natural* (Gredos, Madrid, 1986), p. 370:

“El hombre, por el conocimiento, se hace en cierto modo todas las cosas: conocer es entregarse a lo conocido. Por el amor, empero, hace el hombre a todas las cosas suyas: el amor es posesión. Y, sin embargo, a la postre resulta que el conocimiento, que había comenzado siendo entrega, es posesión espiritual de lo conocido, y el amor que inicialmente era posesión no se cumple sin la constante donación de sí...Donde hay caridad y verdad, allí está Dios, porque es amor inteligente e intelección amorosa”.

2.3. El error en la mente conduce a la esclavitud en el corazón.

2.3.1. Si la verdad es relativa, la libertad consistirá en hacer lo que a cada uno le viene en gana. Pero, ¿es ésta la verdadera libertad? cf. Gál. 5:13 *“Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; sólo que no uséis la libertad como pretexto para la carne (gr. eis aphormèn –como base de operaciones- tê sarkí), sino servíos (pres. de imp.) unos a otros mediante el amor”* (ésta es la verdadera base de operaciones –no dice “mediante el espíritu”).

2.3.2. Examinemos despacio el concepto de “libertad”: “es la facultad racional, mediante la cual la voluntad humana puede escoger los medios que estima mejores para los fines que se ha propuesto”. Podemos comparar la libertad a una llave, que sirve para abrir y para cerrar. La llave es el único instrumento que puede servir para dos cosas contrarias; con una pluma se escribe, pero no se borra con ella; con una trompeta se producen sonidos, pero no se hacen silencios. ¡Cuánto nos jugamos en la forma como usamos esa llave de nuestro albedrío! Sirve para abrirnos a Dios o para encerrarnos en nuestra pretendida independencia, es decir, en una pretensión infundada y vana; cf. Jer. 2:13: *“Porque ambas maldades ha hecho mi pueblo: Me han abandonado a mí, fuente de agua viva, y han excavado para sí cisternas, cisternas agrietadas que no retienen agua”* (versión estrictamente literal).

2.3.3. Pero el libre albedrío está caído por el pecado, inclinado al pecado, esclavizado por el pecado; no puede atinar ni con los mejores medios ni con los fines convenientes. Por eso, Jesús vino a librarnos de la esclavitud del error y de la esclavitud del pecado. Oigámosle en Jn. 8:32-34: *“y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Ellos le contestaron: Somos descendientes de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo que todo el que comete pecado es esclavo del pecado.”* Notemos la ignorancia, o la hipocresía, de los judíos: se declaran “libres” cuando estaban bajo el dominio de Roma; rechazan el apelativo de “esclavos” cuando estaban bajo la servidumbre del pecado, que es la peor de las esclavitudes; y se cobijan bajo la pertenencia al linaje de Abrahán, como si la amistad que un antepasado había tenido con Dios garantizase a sus

descendientes, por el mero hecho de la generación física, una situación de privilegio ante Dios.

2.3.4. Otro error bastante común: el de que la *obligación* coarta la *libertad*, como si el *estar obligado* fuera enemigo del *ser libre*. Profundicemos un poco para percatarnos de que eso no es verdad. Dios es infinitamente libre, a pesar de ser el más obligado: obligado por su amor, por su justicia, por su misericordia, por su palabra, por sus promesas, etc.; en fin de cuentas, por el Supremo Bien que es Él mismo. “*¡No puede negarse a Sí mismo*” (2 Tim. 2:13) ¡No tiene nada que negar de su “Yo” divino! En cambio, nos manda negarnos a nosotros mismos para poder seguirle (cf. Lc. 9:23), porque nosotros sí que tenemos que negarle a nuestro “yo” muchas cosas para seguir al Maestro. ¡No creamos, pues, que somos menos libres por estar obligados! En efecto, ¿cuándo es más libre una persona, cuando puede pecar o cuando puede no pecar? El pecado, ¿es una **fuerza** o una **debilidad**? Evidentemente, una **debilidad**, porque es una “deficiencia”, no una “eficiencia”. Si fuese una **fuerza**, necesariamente la tendría el Dios omnipotente. Pero, para Él el pecar es tan absurdo como dejar de existir, siendo como es el Ser Necesario, que no puede menos de existir. Así que no poder pecar es la suprema fuerza.

2.3.4.1. Ampliemos un poco el análisis del concepto anterior. Visto desde la perspectiva de un cristiano, ¿soy menos libre por no poder pecar? No, porque al no pecar estoy ejerciendo mi libertad de vivir en santidad. De hecho, soy más libre, porque:

2.3.4.1.1. No violento mi voluntad determinada por mi nueva naturaleza (cf. 2 Cor. 5:17; 1 Jn. 3:9).

2.3.4.1.2. Al no pecar, rehúso voluntariamente someterme a la esclavitud vergonzosa y onerosa del pecado (cf. Rom. 6:12-23).

2.3.4.1.3. En realidad, mis caídas en el pecado son una dejación de mis prerrogativas como ser libre por la gracia de Dios (cf. Rom. 6:16-17).

2.3.4.1.4. En el cielo no podré pecar porque, erradicado el pecado y su influencia funesta, gozaré exhaustivamente de mi libertad mental y espiritual, “la libertad gloriosa de los hijos de Dios”, resultante de la total redención de mi elemento somático, actualmente vendido al pecado (cf. Rom. 7:14-25; 8:21-23).

2.4. ¿Qué clase de transformación se opera en la conversión?

2.4.1. Creo necesaria una explicación del cambio que se experimenta en la conversión, considerada como un ministerio del Espíritu Santo que ha tenido lugar en todas las dispensaciones, en los santos del Antiguo Testamento lo mismo que en los del Nuevo.

Como principio general, en conformidad con el carácter singular de la Iglesia (cf. p.ej., Ef. 2:11—3:13), es menester afirmar que también los santos del Antiguo Testamento (es decir, los que hubo antes del día de Pentecostés, fecha de inauguración de la Iglesia), no sólo fueron *santificados*, sino también *transformados*, con la transformación que vemos en Rom. 12:2.

2.4.1.1. Empecemos por observar la clase de “transformación” que Pablo presenta en Rom. 12:2, una vez que ha exhortado a los fieles de Roma a ofrecerse a sí mismos en el altar del sacrificio (v. 1). Dice así al pie de la letra: “*No os adaptéis al estilo de vida de este siglo (es decir, del mundo), sino id siendo transformados (pres. pas. de imp.) por medio de la renovación de la mente, a fin de comprobar vosotros qué es lo que Dios quiere: lo bueno, lo aceptable (lo más agradable a Dios) y lo perfecto.*” La clase de “transformación” que Pablo demanda está determinada por el vocablo gr. *anakainosis* = *renovación*. Pero la “renovación de la mente” puede ser de dos clases: 1) mediante el injerto de una *mente nueva* (gr. *neós*), es decir, de una mente que no existía antes; 2) mediante la reorientación de una mente ya existente (gr. *kainós*). El texto sagrado dice claramente que es la 2ª. la que tiene lugar (*anakainósei*).

2.4.1.2. He dicho “reorientación”, porque la nueva naturaleza que recibimos al *ser transformados* (al recibir la *nueva forma*) no es una substancia ni una cualidad *ontológica* (ése es uno de los muchos errores de la Iglesia de Roma), sino una *realidad* (superior a todas las realidades naturales) del orden moral-psíquico-espiritual. Esta realidad se impartía a los santos del Antiguo Testamento como se imparte a los del Nuevo.

2.4.1.3. Pero observo una doble diferencia en el ministerio del Espíritu Santo entre los santos de antes de Pentecostés y los de después de Pentecostés:

2.4.1.3.1. Los primeros eran santificados y transformados como *individuos*, mientras que los segundos lo son *corporativamente*, como consta por 1 Cor. 12:13 ss.

2.4.1.3.2. A los primeros los santificaba y transformaba el Espíritu Santo *desde fuera*, mientras que a los segundos los santifica y los transforma *desde dentro*. Lo demuestro con Jn. 14:17, donde Jesús dice acerca del *Espíritu de la verdad*: “...*Vosotros lo conocéis, pues permanece junto a vosotros y estará en vosotros*”. Esta variante textual está garantizada por los mss. más antiguos y debe ser respetada y, según ella, hay una diferencia entre el “antes” y el “después”: antes permanecía (siempre, sí), pero *junto a...*; ahora, *en, dentro*. Atención al paréntesis, pues alguien podría decir (lo dicen muchos): “Por 1 Sam. 16:13-14, se advierte que el Espíritu de Yahwéh no permanece siempre en la misma persona, sino que pasa de una a otra”. A esta objeción respondo resueltamente: “Distingo: El Espíritu de *poder, el que capacita*, pasa de *sobre* una persona a otra, pero el Espíritu de *gracia, el que santifica*, permanece siempre *con, o en*, la misma persona.

2.5. Una vez convertido, tienes asegurada tu salvación eterna.

2.5.1. El tema 2 quedaría incompleto si no añadiéramos una breve mención de esta enseñanza bíblica, reencontrada por la Reforma y negada siempre por la Iglesia de Roma. Resumo la lecc. 10ª, de la Parte III de mi libro *CPDTB*.

2.5.1.1. Los principales textos bíblicos que enseñan esta doctrina son: Jn. 10:27-30; Rom. 8:38-39; 11:29; Flp. 1:6; 2 Ts. 3:3 y 2 Tim. 1:12. Para su exégesis, vea el lector mi libro mencionado en 2.5.1.

2.5.1.2. Esta salvación es siempre *segura* (objetivamente) para un cristiano genuino, aunque el sujeto no tenga *certeza* (subjektivamente) de su salvación. La *salvación* está asegurada, pero puede perderse *el gozo de la salvación* (cf. Sal. 51:12).

2.5.1.3. Pero puede suceder que alguien esté *cierto* (falsamente) de una salvación que no es *segura* porque nunca la ha tenido, lo cual se detecta fácilmente en una persona cuya conducta no ha experimentado *ningún cambio* desde su pretendida conversión, pues esto es señal de que no se ha implantado la nueva naturaleza (cf. 1 Jn. 3:9 –nótese el vb. “*practica*”, que denota una “conducta constante”).

2.5.2. El que es salvo, lo es siempre “*de gracia mediante la fe*” (Ef. 2:8); “*es guardado por el poder de Dios mediante la fe*” (1 P. 1:5). Pero Dios ejercita ese *poder* porque *nos amó primero* (1 Jn. 4:19). Así que todo nuestro bien, temporal y eterno, surge de ese amor del Dios que *es Amor* (cf. 1 Jn. 4:8, 16). Con acentos sacados de Cant. 8:6-7, así lo canta el himno 551, de D. Enrique Turrall, según aparece en nuestro himnario:

¡Oh Señor!, tu amor es fuerte.
 Es más fuerte que la muerte,
 No nos soltará jamás.
 A tus hijos que escogiste,
 Por tu sangre redimiste,
 Y jamás los perderás.
 Y tu amor es para siempre,
 Por los siglos permanece.
 Tú jamás entregarás
 En manos del enemigo
 A tus santos redimidos:
 No los desampararás.
 Es tu amor inquebrantable,
 Tan constante y entrañable,
 Que jamás se entibiará.
 Y su fuego es fuerte llama,
 Muchas aguas no lo apagan,
 Ríos no lo anegarán.

3. Una nueva visión de la Trina Deidad (Jn. 1:1-18) Lect. la misma.

3.1. La Trina Deidad, misterio fundamental de la fe cristiana.

3.1.1. Conocemos lo que es la Trina Deidad, no por las fuerzas de nuestra razón, sino por la revelación que Dios ha hecho de Sí mismo en su palabra. Pero la palabra de Dios no es un Manual de teología trinitaria, sino una historia de la salvación. Como el pueblo judío tenía que preservar el monoteísmo (cf. Dt. 6:4-5), las alusiones a la pluralidad de personas en Dios aparecen veladas en el Antiguo Testamento. Sólo en el Nuevo Testamento aparece claramente la existencia del misterio, no su esencia íntima. Ha sido mérito notable de los grandes teólogos de la Iglesia (especialmente Agustín de Hipona y Tomás de Aquino) profundizar en los datos revelados concernientes a lo que las Personas de la Deidad *son* en Sí mismas a través de lo que *hacen* al exterior. Así, la Trinidad *económica, actuando al exterior*, nos da a entender lo que es la Trinidad *transcendente, siendo en el interior*, pues a base de lo que es la Trinidad *en Sí* no podríamos conocer cuál había de ser su *economía = su modo de comportarse con nosotros y en nosotros*. Una palabra de cautela: De lo dicho hasta ahora no se deduce que el “gran misterio” haya dejado de ser “misterio” al ser revelado. Dice B. Forte (*TDLH*, p. 71): “El doble significado de “re-velatio” aparece aquí en toda su densidad: en el levantarse el velo hay un espesarse del velo; en el mostrarse, un retraerse; en el revelarse, un velarse”.

3.1.2. La revelación especial nos enseña que, *en Dios, hay un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo* (cf. Mt. 28:19; 2 Cor. 13:13). Con respecto a este último lugar, para que el lector no se confunda, añadiré que la mayoría de las versiones lo traen como 2 Cor. 13:13; en concreto, las siguientes (por lo menos):

- BIBLIA DE JERUSALEN.
- CANTERA – IGLESIAS.
- NUEVA BIBLIA ESPAÑOLA.
- NUEVO TESTAMENTO INTERNACIONAL.
- TORRES AMAT.
- NACAR – COLUNGA.
- NUEVO TESTAMENTO BILINGÜE (Sociedad Bíblica Británica y Extranjera).
- REINA- VALERA (Rev. 1909).
- “BIBLIA DEL CANTARO” (Rev. de Cipriano de Valera, 1602).
- “BIBLIA DEL OSO” (Trad. de Casiodoro de Reina, 1569).
- SAGRADA BIBLIA (Pontificio Instituto Bíblico de Roma).
- REINA- VALERA (Antigua versión de la Sociedad Bíblica Trinitaria).
- SCIO DE S. MIGUEL.

- REINA- VALERA (Rev. 1977).
- VERSION HISPANO AMERICANA.
- NUEVO TESTAMENTO TRILINGÜE (Bover – O'Callaghan).
- LA SANTA BIBLIA (San Pablo).
- NUEVO TESTAMENTO INTERLINEAL.

En cambio, figura como 2 Cor. 13:14 en las siguientes versiones (por lo menos):

- REINA – VALERA (Rev. 1960).
- REINA – VALERA (Rev. 1995).
- VERSION MODERNA.
- BIBLIA DE LAS AMERICAS.
- REINA – VALERA (Sociedad por la Distribución de las Escrituras en Lenguaje Hebraico).
- NUEVO TESTAMENTO GRIEGO (Sociedades Bíblicas Unidas).

3.1.3. La revelación especial nos dice también que *el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Personas, son realmente distintas entre Sí y son un solo y único Dios* (cf. Mt. 3:16-17; Hch. 5:3-4; 1 Cor. 8:6; 12:4-6; Stg. 2:19).

3.1.4. También nos dice expresa o implícitamente que el Padre **no tiene principio** en otra Persona, que el Hijo **es engendrado** como *Unigénito* del Padre (cf. p.ej., Jn. 1:18; 3:16) y que el Espíritu Santo **está procediendo** del Padre (cf. Jn. 15:26 –el vb. gr. *ekporéuetai* está en pres. de ind.). No dice que **procede también** del Hijo, pero hay muchos lugares (cf. p.ej., Jn. 16:14-15) en que eso se da a entender claramente.

3.1.5. No debe pasarse por alto que el Padre *engendra de su propia esencia al Hijo* sin necesidad de Madre divina. Así que Jesús, en cuanto Dios, tiene Padre, pero no Madre; en cuanto hombre, tiene madre, pero no padre físico (cf. mi libro *CPDTB, Parte I*, leccs. 3^a., 4^a., 5^a. y 6^a.).

3.1.6. Todos los manuales de teología aducen ilustraciones sencillas para ayudar a nuestra mente a obtener una mejor inteligencia del misterio trinitario. En mi libro *CPDTB, Parte I*, p. 30, sólo aparece el conocido diagrama del triángulo, cuyo vértice principal (el correspondiente al Padre) debe colocarse arriba, quedando en la base del triángulo los vértices correspondientes al Hijo y al Espíritu Santo. Hay además dos ilustraciones que siempre he citado como más adecuadas:

3.1.6.1. La de la electricidad que, siendo la misma (como la esencia divina), se hace *fuerza* (el Padre) en la turbina, *luz* (el Hijo) en la bombilla y *calor* (el Espíritu Santo) en la plancha eléctrica.

3.1.6.2. La del agua corriente que, siendo la misma, sale de una *fuentes* (el Padre), pasa por un *río* (el Hijo) y se vierte en un *lago* (el Espíritu Santo). Recientemente, he oído otras dos ilustraciones dadas a niños de la Escuela Dominical, las cuales me parecen

muy apropiadas también para adultos. Están enfocadas únicamente desde el punto de vista de la unidad indisoluble de las tres Personas de la Deidad:

3.1.6.3. Una pila eléctrica con tres enchufes (puede mostrarse a los espectadores funcionando). Si se quita un enchufe, desaparece la luz de la pila.

3.1.6.4. Una mesa de tres patas igualmente largas. Hago notar un detalle que, a veces, pasa desapercibido: ¿Por que resulta difícil, con frecuencia, adaptar al suelo, sin que “cojee”, una mesa o una silla de cuatro patas? Porque un trípode se ajusta admirablemente al suelo, ya que el plano geométrico se define suficientemente por tres puntos. En cambio, un mueble de cuatro patas tiene una pata “en discordia”, una pata de más, si bien la 4ª. pata sirve para dar más consistencia al mueble (depende del material). Sigo, pues, con la ilustración del trípode: Una mesa de tres patas se sostiene perfectamente; si se amputa una de las patas, la mesa se cae al suelo.

3.1.7. Pero habréis notado que el título de este tema es **Una nueva visión, etc.**, lo cual significa que algo “nuevo” debo aportar aquí. Tengo que confesar que mi mejor fuente de información a este respecto ha sido el mencionado libro de B. Forte *TDLH*. Lo recomiendo a todo el que se atreva con él, y muy atrevido tiene que ser el que tal haga, pues es un libro de extraordinaria profundidad. Trataré de hacer de “intérprete” para vosotros. Bruno Forte caracteriza al Padre como “Silencio”, al Hijo como “Palabra” y al E. Santo como “Encuentro”. La “Palabra”, el Hijo, vino hasta nosotros *en el tiempo*, lo cual indica que el Padre está, en su eternidad, en el “Silencio”. Pero, en ese “Silencio eterno”, engendra la Palabra; por tanto, si la Palabra es engendrada por el Silencio del Padre, también nos habla en el silencio, porque la Palabra no habla por sí sola, *es el Padre quien habla, no en sí mismo -¡es Silencio!- sino en la Palabra. Dios nos habla en Cristo (Jn. 14:9-10)*. Pero, en el *Silencio* eterno, el que pronuncia la *Palabra*, porque vive de pronunciarla, espera una respuesta. La respuesta se produce con un reconocimiento por parte del Hijo, de la *Palabra*, de que, como Persona, no como consustancial con el Padre, depende del *Silencio* del Padre, y esto produce un *Encuentro* definitivo del Hijo con el Padre, de la *Palabra* con el *Silencio*, y ese *Encuentro* es el propio Espíritu Santo. En frase de Agustín, tenemos así: **Amante** (Jn. 3:16), **Amado** (Mt. 3:17) y **Amor** (Rom. 5:5). Un hermano me ha hecho ver que “*Dios hace de Sí mismo un discurso elocuente y clamoroso, primeramente por medio de Su obra de creación (Sal. 19:1-4; Rom. 1: 19-20); luego, por Sus mensajeros y, plenamente, a través de la “Palabra” (Heb. 1:1-2)*. Le agradezco la sugerencia, que me da la oportunidad de aclarar con más detalle este difícil tema. En efecto, el Padre habla de Sí mismo elocuente y clamorosamente en las tres fases mencionadas por el hermano, pero eso no quita nada para que Sus palabras surjan de un *Silencio eterno* y se hagan *palabras* en el Hijo, si bien es cierto que **sólo ad intra, en su expresión eterna de Sí mismo, el Padre engendra al Hijo, igual a Sí en la esencia; infinitamente distinto de Sí como Persona**. Estas ideas de B. Forte, que hago más, aunque no se hallen expresamente en la revelación divina de la Trina Deidad, sí se han hallado impresas en los corazones de los hijos de Dios que las han vivido en sus experiencias místicas.

Aduzco solamente dos ejemplos: el primero es de Ignacio de Antioquía, muerto el año 107 (vivió, pues, en tiempos del apóstol Juan), quien dice en su *Carta a los magnesios*: “El Padre se ha revelado a través de su Hijo Jesucristo, que es su Verbo procedente del Silencio”. El segundo ejemplo es de nuestro Juan de la Cruz, quien en *Dichos de luz y amor*, dice así: “Una Palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma.”

3.1.8. El hecho de que el Padre sea el *principio* del que tiene su *origen* el Hijo no implica ninguna subordinación del Hijo al Padre en sus relaciones *ad intra* (lo mismo debe decirse con respecto al Espíritu Santo), porque:

3.1.8.1. Las *relaciones divinas* son *correlativas* y, por tanto, *interdependientes*.

3.1.8.2. El Padre es *Dios-Padre* desde la eternidad y para siempre, así como el Hijo es *Dios-Hijo* desde la eternidad y para siempre. Luego ambos son *coeternos*; ninguno es *antes* que los otros dos. Yo solía ilustrarlo, incluso a los niños de la Escuela Dominical, aplicándolo a ellos mismos, especialmente si eran primogénitos. Solía preguntarles: “¿Quién es más viejo, tu padre o tú?”. De ordinario se echaban a reír ante una pregunta tan extraña y después decían: “¡Claro que mi padre es más viejo que yo, pues me pasa (p.ej.) 25 años!” A lo cual les replicaba yo: “Tu padre es 25 años mayor que tú *como hombre, no como padre*, porque él comenzó a ser tu *padre* cuando tú comenzaste a ser su *hijo*.” La conclusión no puede ser más convincente.

3.1.9. En la Encarnación, la *Palabra* se hace *carne* (la humanidad de Cristo en su estado de humillación) y nos habla el lenguaje de Dios en nuestro propio lenguaje (Jn. 1:1, 14, 18). Así nos dice “lo que ha visto” (Jn. 5:19-20). Pero, en el *Encuentro* con el *Silencio* y la *Palabra* (Jn. 16:13-15), el Espíritu Santo nos declara “lo que ha oído” y nos *guía por el camino que lleva a toda la verdad*, porque Él es *el Espíritu de la verdad* (Jn. 14:17; 15:26; 16:13), pues es *el Espíritu del Hijo* (Gál. 4:6), es decir, *de la Palabra que es Verdad* (Jn. 17:17). De este modo, también nosotros *vamos al Encuentro del Padre*, porque el Espíritu nos lleva al Hijo (Jn. 16:13) y el Hijo nos lleva al Padre, porque Él es *el Camino, no la Meta* (Jn. 14:6). *Sólo el Padre es la Meta última* (1 Cor. 15:28). De este modo, el Espíritu Santo glorifica al Hijo (Jn. 16:14), el Hijo glorifica al Padre (Jn. 17:1, 4) y el Padre glorifica al Hijo (Jn. 17:1, 5). Ninguna de las tres Personas se glorifica a Sí misma, sino a las otras dos. Pero parece que hay un vacío: ¿Quién glorifica al Espíritu Santo? No lo dice expresamente la palabra de Dios, pero me atrevo a decir que hay un modo de glorificar al Espíritu Santo que sólo puede hacerlo la Iglesia. El Cuerpo de Cristo aprende de la Unción todo lo que sabe (1 Jn. 2:20, 27) y así glorifica al Espíritu como al gran Maestro interior, en la medida de su docilidad al Espíritu en el uso de sus *dones* (1 Cor. 12), pero especialmente con una vida de *adoración, palpable en la reunión eclesial*, donde nosotros somos *los actores*, y las tres Personas de la Deidad son *los espectadores*.

3.2. La Trinidad *económica* es consecuente con la Trinidad *transcendente*.

3.2.1. Antes de pasar adelante, recordad que he dicho: “El Espíritu Santo glorifica al Hijo, el Hijo glorifica al Padre y el Padre glorifica al Hijo”. En efecto, la Trinidad *económica* es consecuente con la Trinidad *transcendente*, porque nos está indicando cómo se constituyen las Personas de la Deidad dentro de la Trinidad. No se constituyen por algo *absoluto* (*ad se = hacia Sí mismas*), sino por algo *relativo* (*ad alium = hacia Otro*). En otras palabras, no se constituyen por lo que tienen de *consustanciales*, sino por lo que tienen de *relacionadas entre Sí*.

3.2.2. Esto es posible únicamente porque la categoría de “relación” es el único accidente que no consiste en algo cerrado en sí, sino en una “apertura hacia otro”. Un ejemplo claro, sacado del orden natural: Cuando yo digo “padre”, estoy hablando de un hombre, pero no me refiero a él como “hombre” (algo cerrado), sino como “progenitor de otro”, al que llamamos “hijo”. Así es, de modo infinitamente perfecto, en Dios: el Padre se constituye como Padre no por ser Dios, sino por engendrar al Hijo; sin embargo, ser “Dios” y “Padre” no son dos *cosas distintas* (cf. p. ej. Ef. 1:3 *al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*), sino dos *conceptos distintos*. Lo mismo, en cuanto a la “constitución” del Espíritu Santo. Las tres Personas de la Deidad se constituyen por una *relación, por darse a otro*.

3.2.3. ¡Cuánto nos enseña esto! *Si la Iglesia ha de reflejar la imagen de la Trinidad, cada miembro ha de ser consciente de su relación hacia los demás* (cf. 1 Cor. 12:25-27). Hermano, hermana, ¿no te da esto que pensar? Volveré sobre esto en el tema 4.

3.3. Del lenguaje de Dios al lenguaje del hombre.

3.3.1. Un paso más para entender bien lo que es la Biblia como *palabra* de Dios, salida de su *silencio* anterior y orientada al *encuentro* definitivo con Él. La Palabra con mayúscula, el Verbo de Dios, se trasvasa a nuestro lenguaje de dos modos: en su Persona (Jn. 14:9-10) y en su revelación del Padre (Jn. 1:18), revelación que, en Cristo, ha llegado a ser perfecta y definitiva (Heb. 1:1-2). Por eso, las *Sagradas Letras* (lit. en 2 Tim. 3:15 “*hierà grámmata*”) participan de la infalibilidad del Verbo de Dios. Es cierto que esto es privilegio de los originales hebreo, arameo y griego, pues cuando se vierten a otra lengua (castellano, francés, inglés, etc.), se lleva a cabo otro “trasvase”, en el que las versiones han de aspirar a la mayor **fidelidad** con relación al texto original, pero sin pretender jamás haber llegado a la **infalibilidad**. Con todo, se debe tener presente la actuación de la Providencia, es decir, el exquisito cuidado que Dios tiene con Sus cosas, en especial en lo que concierne a revelar lo que interesa a Su criatura humana para restablecer la comunión con Él (cf. Is. 42:8). Por eso, en la Biblia se verifica el milagro de que, tras numerosísimas copias efectuadas a lo largo de los siglos, son contados e insignificantes los casos en los que se produce alguna de las llamadas *variantes textuales*.

3.3.2. En este trasvase hay que tener en cuenta dos detalles más: lo que cada palabra ha significado en cada época desde que entró en el castellano u otra lengua y la clase de cultura de la que se ha trasvasado, pues palabras que significan una cosa para un hebreo, significan algo diferente para un español, para un alemán, para un chino, para un japonés, etc. Sólo un ej.: en Dan. 1:9 dice el hebr. al pie de la letra: “*Y dio el Dios a Daniel a (la) misericordia y a (las) compasiones en presencia del príncipe de los eunucos*”. Trasvasado a nuestra cultura occidental, es una buena versión literal: “*Y concedió Dios a Daniel hallar favor y ternura ante el jefe de los eunucos*”. Entendemos perfectamente el versículo, pero en la cultura hebrea hay varios detalles que, en el trasvase, pasan desapercibidos; p.ej.: “*el Dios*”, al llevar art. def., recalca la idea de que el Dios de Israel es *el único Dios verdadero, no como los dioses caldeos*. Además. dice que Dios *dio = entregó a Daniel* a las buenas cualidades humanas de un pagano politeísta, con lo que se destaca la soberanía de Yahwéh, del Dios de Israel, que *sabe en manos de quién pone a Daniel, porque Él mismo ha puesto esas cualidades en el hombre preciso a quien Daniel iba a ser entregado*. ¡Qué maravilla! Aquí brilla el carácter casi “sagrado” del lenguaje, de nuestro lenguaje, en el cual Dios ha querido que se vierta su Palabra eterna.

3.3.3. Debemos, pues, cuidar que nuestra palabra sea “pura” y “edificante” (Ef. 4:29 “*No salga de vuestra boca ninguna palabra corrompida, sino sólo la que sea buena para edificación, según la necesidad del momento, para que imparta gracia a los que escuchan* –lit.) ¡Hagamos examen de conciencia, hermanos! ¿Qué sale de nuestra boca? Lo que hay en el corazón, ¿no es eso? (cf. Mt. 15:18 “*lo que está procediendo de vuestra boca está saliendo del corazón, y esas cosas contaminan al ser humano*” –lit.). De seguro que gran parte de mis lectores conocen la anécdota (episodio, no parábola) en que dos creyentes están trabajando juntos y a uno de ellos se le escapa una palabrota. Avergonzado por ello, se apresura a decir: “No sé cómo se me ha escapado, pues no la llevaba dentro.” A lo que su compañero le respondió: “Si no la hubieras llevado dentro, no te habría salido afuera.”

3.3.4. No basta, empero, llevar dentro las buenas palabras. Es menester también, contando con la educación humanística que cada uno hayamos recibido, que esa palabra sea “sencilla, precisa y exacta”, con lo que se clarifican nuestras ideas y se evitan ambigüedades en la mente del que nos escucha. No se crea que son minucias sin importancia.

3.4. Cada palabra es un misterio.

3.4.1. En nuestro Manual de teología de mis lejanos años de seminarista teníamos, a pie de página, una cita notable. Era de un famoso científico cuyo nombre siento no poder recordar. Decía: “Yo conozco las leyes de la luz, de la electricidad, de la gravitación universal. Pero si se me pregunta qué cosas son éstas, no sabré qué responder. Son palabras, y cada palabra es un misterio”. Sí, hermanos, amigos: Cada palabra es un misterio, y nosotros que las pronunciamos somos un misterio todavía más grande, como lo dijo David en el Sal. 139:13-16, lit. *“Porque Tú has hecho mis riñones: me has entretajido en el vientre de mi madre. Te daré gracias, porque estoy hecho de modo formidable y admirable; admirables son tus obras, y mi alma lo conoce en gran manera. No estuvo encubierta de Ti mi estructura, cuando fui hecho en secreto y recamado en las partes más bajas de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas ellas (¿los miembros? ¿los días?) que fueron formados, y para él (el embrión) hubo uno (un día) entre ellos.”* El asombro de David se palpa en cada vocablo. Se me dirá: ¿Qué enlace hay entre el “misterio” del lenguaje y el “misterio” que somos los seres humanos? El enlace está en que el lenguaje es *vivo* porque es una de nuestra *vivencias* a doble nivel: a nivel *corporativo*, porque es la expresión de una raza, de una nación, etc.; y a nivel *individual*, porque cada individuo se expresa según piensa y según es.

4. ¿Qué significa yo para Dios? (Lc. 15:8-10) Lect. Ef. 1:1-14.

4.1. Entramos en lo más personal de estos temas.

4.1.1. Partamos de esta posibilidad: **Dios pudo no haberme creado**. En otras palabras: Dios fue completamente libre al seleccionarme del mundo infinito de los *posibles*, a fin de que entrase en el mundo limitado de lo *existente*. La “existencia” fue el primero y fundamental regalo que Dios me hizo. Lo más grande que pueda concebirse, si no llega a existir, es infinitamente menos importante que “mi existencia”. Ya dice Salomón en Ecl. 9:4b: “*porque mejor es perro vivo que león muerto*”. Copio unas líneas maravillosas de la *Ontología* (Gredos, 1987) de Ángel González Álvarez al medio de la p. 106:

“La existencia es actualidad, y por ello actualiza; es perfección, y por lo mismo perfecciona. Y esta función la ejerce en el plano constitutivo... Ni la más leve brizna de realidad de una cosa está sustraída a esa actualización y perfección del existir. La existencia, actuando y perfeccionando, es la expresión más absoluta de la generosidad. Da sin compensación alguna (comento yo: Tampoco se altera por los altibajos de mi *esencia* –de lo que *soy*). Si las palabras no estuvieran cargadas de matices morales, diríamos que esa función de la existencia es un gesto de plena abnegación y de supremo sacrificio (comento yo: Se somete resignadamente a lo que, *siendo*, hago yo de ella).”

4.1.2. Dejádme añadir una gran paradoja acerca de esto: “La existencia no existe” ¿Por qué? Porque la existencia no puede ser *sujeto* de ninguna proposición gramatical, esto es, no puedo decir: “La existencia es esto o aquello”; siempre debe haber *algo o alguien que existe*. En términos técnicos, se expresa de este modo: “La *existencia* es el *acto puro*, sin más, por el que *la esencia y todo lo anejo a la esencia* dejan de ser *mera potencia* para ser una realidad actual.”

4.1.3. Pero Dios no se contentó con que yo *existiera*. De Judas dijo el Señor : “*Mejor le fuera a ese hombre no haber nacido*” (Mt. 26:24). ¡Qué terrible! La *existencia, mal llevada*, puede conducir a la *perdición*. Si me lee algún inconverso, ya sabe lo que le espera. Dirá alguno: Judas estaba predestinado a la condenación (Hch. 1:25 “...*para irse al lugar que le correspondía*”). Sí, pero según la presciencia de Dios. Dice Agustín: “Si no estás predestinado, haz para que lo estés” ¿Cómo? *Convirtiéndote “de los ídolos a Dios para servir al Dios vivo y verdadero”* (1 Ts. 1:9). Ahora me dirijo a cada hermano y hermana que es salvo de gracia mediante la fe (Ef. 2:8): Al don de la *existencia*, Dios te añadió el regalo, inmensamente más importante, de la *elección*. Desde la eternidad, Dios pensó en ti (cf. p.ej., Sal.. 40:17 –hebr. *Adonay yajasháv li = El Señor se preocupa de mí*) y, en su infinito amor, te predestinó a ser hijo suyo (cf. Ef. 1:5), *redimido por la sangre de su Hijo* (cf. Ef. 1:7; 1 P. 1:18-20) y *sellado con su*

Espíritu Santo (cf. Ef. 1:13). Eres, pues, *posesión adquirida y amada de Dios* (cf. Ef. 1:14; 1 P. 2:9-10).

4.1.4. ¿Con qué amor se preocupa Dios de ti? Lo dijo el Señor Jesús en Lc. 15:8-10 (texto de esta lecc.) Hermanos y hermanas, ¿no es cierto que deberíamos preguntar llenos de asombro: *es posible que yo sea para Dios como una moneda de mucho valor, moneda de desposorios?* Pues, sí. Dios, el único que puede apreciar el valor de las cosas, vio en mí, vio en ti, un tesoro digno de *ser comprado con la sangre de Cristo* (cf. 1 P. 1:18-20); “digno”, no por lo que yo era o por lo que tú eras, sino por el amor que puso en mí y en ti. El Calvario es la explicación más profunda del Pecado, del Infierno y del Amor (cf. Jn. 3:16-21). Allí contemplamos las dos grandes *paradojas* (gr. *parádoxa* = *lo contrario a la opinión común*) divinas:

4.1.4.1. El Desamparo de Dios por Dios (Mt. 27:46 –gr. *hinatí me enkatélipēs?* = *¿A qué fin me has dejado encerrado y atado?*). Fijémonos bien en todo lo que esa frase significa: Dios Padre clava en la Cruz (cf. Hch. 2:23) a Dios Hijo y lo desampara hasta que se muera sin remedio. Algunas versiones dicen: “*¿Por qué me has abandonado?*”. Pero yo siempre distingo entre el abandono y el desamparo. P.ej., una madre puede abandonar físicamente (es cuestión de *distancia*) a su hijo *sin desampararlo*. Por otra parte, podría estar junto a su hijo *y desampararlo* (es cuestión de *amor*). La gran paradoja del Calvario es que el Padre no puede estar más cerca del Hijo (¡es *uno* con él! –cf. Jn. 10:30); *no puede abandonarlo, pero lo desampara*. Y, sin embargo, *lo ama infinitamente* (cf. 10:17), así como el Hijo *ama infinitamente* al Padre (cf. Jn. 14:31). El gozo y la tristeza se conjugan en el corazón del Padre al desamparar al Hijo, así como se conjugan el gozo y la tristeza en el corazón del Hijo cuando es desamparado por el Padre. Y, no obstante, Jesús nació inocente, vivió inocente y murió inocente. ¿Cómo pudo el Padre amoroso castigar a su Hijo amado e infinitamente santo? Porque lo vio cubierto con nuestros pecados. Los pecados lo cubrían por fuera, *que es precisamente como se pueden ver*, pero no le corrompían el corazón; de la misma manera que su justicia *se nos imputa, nos cubre, pero no nos hace santos por dentro* (cf. 2 Cor. 5:21), porque esa función no corresponde a la *justicia imputada*. ¿Quién puede entender tan profundos misterios?

4.1.4.2. *Dios Hijo fue hecho pecado para que yo fuese hecho justicia* (cf. 2 Cor. 5:21). El hacha de la justicia de Dios descargó el golpe sobre su Hijo amado, en lugar de descargar sobre mí, sobre ti, lector, que lo merecíamos. Es cierto que, de nosotros mismos, valemos menos que nada, pues la nada es simplemente un “no-ser”, pero nuestro pecado es peor, pues nos hace ser un “mal-ser”. De este “mal-ser” nos crea Dios en Cristo (cf. Ef. 2:10). Por eso dice Juan de la Cruz, en *Subida al Monte Carmelo, Libro I, cap. 6, 4*, hablando de la obra que Dios ha hecho limpiándonos y purgándonos de afectos y apetitos contrarios, que “estas contrariedades de afectos y apetitos contrarios, más opuestas y resistentes son a Dios que la nada; porque ésta no resiste.” Si Dios hubiera tenido en cuenta lo que valemos por nuestra naturaleza caída, habría sido un mal comerciante; pero no vio en nosotros un “negocio”, sino un “*objeto*”

de infinita compasión". Se fijó con amor en nosotros *cuando éramos débiles, pecadores, enemigos* (cf. Rom. 5:6, 8, 10). ¡Cómo brilla en nosotros Su bondad, siendo nosotros tan malos; Su gracia, dándonos lo que no merecemos; Su misericordia, no dándonos lo que sí merecemos, y Su amor (¡ **Dios es Amor!**), cuando nosotros lo odiábamos a Él! Como dijo Bossuet: "Los cristianos somos los únicos que podemos decir que el amor es un Dios" (identidad de sujeto y predicado, que los hace convertibles).

4.1.5. El amor de Dios (Rom. 5:5) es infinitamente rico e infinitamente generoso (cf. 1 Jn. 4:7-16). Y, en todo ello, brilla la "gloria" de Dios (como un estribillo en Ef. 1:6, 12, 14). Por esa misma "gloria" de Dios, estamos *seguros de nuestra salvación*, pues Dios no puede faltar a Su palabra, p.ej. en Jn. 10:28 " *y yo les doy vida eterna y jamás perecerán, y nadie las arrebatará de mi mano*" y en Heb. 13:5 "*Nunca te dejaré ni te desampararé* –el mismo vb. de Mt. 27:46. Dos anécdotas:

4.1.5.1. Un diplomático español en la corte de Versalles perdió una moneda de diez céntimos y, para encontrarla, encendió un billete de mil pesetas. Los circunstantes creyeron que se había vuelto loco, pero él dijo al estilo del hidalgo español: "Es que la moneda lleva la imagen de mi rey y no consiento que nadie la pise."

4.1.5.2. De una niña a punto de morir me contaron que alguien le dijo: "¿Por qué estás tan segura de que vas a ir al Cielo? ¿Y si al final te vas al Infierno?" A lo que la niña contestó sabiamente: "Si así fuera, yo perdería mi salvación, pero *Dios perdería Su gloria*". (cf. p.ej. Jn. 10:28-30).

4.2. El amor que Dios nos tiene nos compromete.

4.2.1. Me dirijo aquí, por supuesto, a hermanos y hermanas en la fe cristiana. El amor que Dios nos tiene, como lo ha mostrado abundantemente, nos compromete gravemente, porque, si *compartimos la naturaleza divina* (2 P. 1:4), tenemos que amar a los hermanos y hermanas con la misma clase de amor con que Él nos amó (cf. 1 Jn. 3:16-18; 4:19-21), no por lo que podamos *recibir* de ellos, sino por *lo que podemos darles, recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir* (cf. Hch. 20:35).

4.2.2. Además, ahora Dios nos ve en Su Hijo (cf. Ef. 1:3-6) y en el Cuerpo de Su Hijo (1 Cor. 12:13-27). ¿Te sientes "miembro de Cristo"? Entonces, tienes que sentirte "comiembro de tu hermano".

4.2.3. Estas grandes verdades nos inquietan, o deben inquietarnos. Pero necesitamos, de cuando en cuando, que nos "inquieran", no que nos "aquieran". Recuerdo de un sermón mío en Vigo, allá por el año 1976, que, después de hablar de "curiosidades escatológicas" sobre la imagen de la Bestia (cf. Ap. 13:14 ss.) y las fechas aproximadas de la 2ª. Venida del Señor, etc., al acabar el culto se me acercó un hermano para

felicitarle por aquel mensaje extraordinario (“así es como debe predicar” –me dijo). Súbitamente, me sentí incómodo ante aquel elogio y me dije: “Algo ha funcionado mal esta tarde. ¡Así es como *no debo* predicar!” (cf. 2 Tim. 4:1-5). Siempre ocurre lo mismo: El cristiano inmaduro, carnal por falta de crecimiento espiritual, busca entretenimiento como todos los “bebés”. **¡No seamos bebés!** Cf. 1 Cor. 3:1-3: “*Pero yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales (gr. sarkínois --hechos de carne), como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no alimento sólido, porque aún no podíais (soportarlo); ni podéis todavía, pues aún sois carnales (gr. sarkikói –inducidos por la carne); pues habiendo entre vosotros celos y contienda (lo de y discusiones falta en los mss. más antiguos), ¿no sois carnales (gr. sarkikói) y os comportáis como los demás hombres?*”

5. ¿Cómo se conoce la voluntad de Dios? (Rom. 12:1-2) Lect. 1 Sam. 28:3-19.

5.1. Importancia de conocer la voluntad de Dios.

5.1.1. La importancia de conocer la voluntad de Dios se echa de ver si consideramos que son muchas las decisiones importantes que tenemos que tomar en nuestra vida y que, muchas veces, tomar una decisión errada puede traer consigo consecuencias funestas.

5.2. Medios peligrosos de conocer la voluntad de Dios.

5.2.1. *Acudir a quien no se debe ir.* Cuando Saúl vio que *Yahweh no le respondía ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas* (1 Sam. 28:6), fue a ver a la bruja de Endor. Saúl llevaba una vida abominable (nunca fue convertido) desde su primera desobediencia cuando lo de Amalec (cap. 15), y terminó abandonado de Dios porque nunca se había orientado de veras hacia Dios como David. Espero que ninguno de mis lectores tenga que ver nada con esa clase de “brujas” que abundan por todas partes, y que tampoco jueguen peligrosamente con cosas como el tarot, las echadoras de cartas (cartomancia), los “polstergeits”, las interpretadoras de las líneas de la mano (quiromancia), las videntes de auras y los que adivinan el paradero de animales o de personas extraviadas, etc. (zahoríes, es decir, personas con especial magnetismo). Aseguro a mis lectores que de todo eso hay; conozco bien el “paño”.

5.2.2. *No acudir a quien se debe ir.* Para conocer la voluntad de Dios se ha de usar el medio que Dios mismo ha establecido en su palabra. Antes de Pentecostés, era legítimo consultar a Dios por medio de Urim y Tumim (cf. p.ej., 1 Sam. 23:9) y, después, echando suertes (cf. Hch. 1:26). Pero después de Pentecostés, la Iglesia no echa suertes, sino que se deja guiar por el Espíritu Santo (cf. p.ej., Hch. 6:3; 13:2, 4), del modo que explicaré en 5.3. Esto me obliga a tratar del ministerio del Espíritu Santo de una forma que no he hecho en ninguno de mis libros anteriores.

5.2.2.1. *Es menester distinguir cuidadosamente entre el Espíritu de poder y el Espíritu de gracia.*

5.2.2.1.1. El Espíritu de *poder* designa el ministerio por el cual el Espíritu Santo, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, *capacita* para una tarea con o sin la santificación *interior* (cf. p.ej., Gn. 41:38; Éx. 31:3; 35:31; Nm. 24:2; 27:18; Jue. 3:10; 6:34; 11:29; 13:25; 1 Sam. 10:10; 16:13; 2 Cr. 15:1; Is. 61:1; Dan. 4:8; 5:11-14; 6:3; Mt. 7:22; 12:18; Mr. 1:12; Lc. 1:15, 67; 2:25, 27; 4:1, 14, 18; 9:1-6 –Judas está entre

ellos-; Jn. 3:34; Hch. 4:8; 6:3; 9:17; 10:44; 11:15, 24; 13:9). No importa que las preposiciones sean “sobre” o “en”, o que el texto diga que “fue lleno / llena” o que fueron “llenos / llenas”. La idea es la misma.

5.2.2.1.2. El Espíritu de *gracia* designa el ministerio por el cual el Espíritu Santo, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, *santifica* interiormente al creyente, con una diferencia notable: antes de Pentecostés, el Espíritu Santo ejercía esta función *desde fuera* de la persona; después de Pentecostés, *desde dentro*. Esta diferencia aparece bien clara en Jn. 14:17, donde el sagrado texto dice literalmente: “*el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir, pues no lo contempla ni lo conoce; vosotros lo conocéis, pues permanece al lado vuestro (gr. ménei par’humîn) y estará dentro de vosotros (gr. en humîn éstai)*”. Habrá notado el lector la doble diferencia: la de “permanece” (en pres. de ind.) y “al lado de”, antes de Pentecostés; y la de “estará” (fut. de ind.) y “dentro de”, después de Pentecostés. Por lo demás, la *residencia permanente* del Espíritu de *gracia* en el convertido es un ministerio que el Espíritu Santo ejercía en el Antiguo Testamento lo mismo que en el Nuevo. Quizás recordará el lector que muchas de estas ideas las he expresado ya en 2.4., pero no me arrepiento de repeticiones de unos conceptos que se analizan desde diferentes puntos de vista.

5.2.2.2. Otro detalle de consideración en la teología bíblica, también visto en 2.4., es que la santificación, como ministerio específico del Espíritu Santo, no se realiza por medio de la infusión de una cualidad que *transforme físicamente* la naturaleza del creyente (así lo enseña la Iglesia de Roma, como preparación para la “visión beatífica”), sino mediante la *orientación psíquico-espiritual* de las facultades específicas del ser humano (inteligencia, sentimiento, voluntad), ya que el *compartir con Dios la naturaleza divina* (cf. 2 P. 1:4) no significa, no puede significar, una participación *física* de la divina naturaleza, sino una participación, real sí, pero del orden del *obrar*, no del orden del *ser*. En otras palabras, el creyente es como Dios no por lo que Dios *es* (sus atributos incommunicables), sino por *el modo de actuar* de Dios, esto es, por pensar como Dios piensa, por querer lo que Dios quiere y por comportarse como Dios se comporta: “*sensatamente, justamente, piadosamente*” (Tit. 2:12 –lit.). Quiero destacar que también este ministerio es común para los santos del Antiguo Testamento y los del Nuevo.

5.2.2.3. Pero, además de los ministerios mencionados en 5.2.2.1. y 5.2.2.2., hay otros dos ministerios del Espíritu Santo que son propios de los santos del Nuevo Testamento:

5.2.2.3.1. El de santificar a los creyentes *implantándolos en Cristo* (cf. Rom. 6:5; 8:1; 1 Cor. 12:13; Gál. 5:6; Ef. 2:5).

5.2.2.3.2. El de *formar, de judíos y gentiles, un solo Cuerpo en Cristo* (cf. Ef. 2:11—3:6). La Iglesia es ese “Cuerpo” (cf. Ef. 1:22-23), por lo cual la presente dispensación es la *dispensación de la Iglesia*.

5.3. Medio bíblico de conocer la voluntad de Dios.

5.3.1. Dice Pablo lit. en Rom. 12:1-2: “*Por consiguiente, hermanos, os exhorto por las compasiones de Dios a que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo y santo, aceptable a Dios, que es vuestro culto espiritual (por analogía con 1 P. 2:2). Y no os adaptéis al estilo de vida de este siglo, sino id siendo transformados mediante la renovación de vuestra mente, a fin de que vosotros comprobéis qué es lo que Dios quiere: lo bueno, lo agradable –o aceptable-, lo perfecto*” (nótese la gradación). Nótese bien que, si el apóstol usa el verbo gr. *metamorfóusthe* = *id siendo transformados*, no es porque trate aquí de una transformación *física*, sino porque quiere oponer la “forma” (lo que obra de dentro afuera) a la “figura” (lo que se añade desde fuera), evidente en el “tinglado” de este mundo, que Pablo describe con el verbo *susjematizesthe*, donde el *sjéma* = *manera de conducirse de este siglo* es pura “figura”, que no puede arrebatarse al creyente su “forma” interior, pero puede estropearle la “fachada”, de la misma manera que un tizón apagado no quema, pero tizna, haciendo que el hijo de Dios se presente en sociedad *como si no hubiera sido transformado y lavado*.

5.3.2. Sin embargo, que esa “transformación” no connota un cambio *físico* se deduce claramente del sustantivo que Pablo utiliza para “renovación”: *anakainósei*, donde *kainós* muestra que no se trata de adquirir una *mente* que no existía antes (diría *neós*), sino de la reorientación de la mente ya existente.

5.3.3. Vemos, pues, que la condición indispensable para *comprobar lo que Dios quiere* es **la total rendición de nuestra voluntad a la de Dios en el altar del sacrificio**. Sin ese *sacrificio*, hermano, hermana, amigo lector, no es posible que conozcas lo que Dios quiere de ti en una situación concreta. Oí por casete a un misionero norteamericano que contaba lo que, a este respecto, le había ocurrido a él en cierta ocasión. Una chica de unos 18 años le preguntó: “¿Cómo puedo saber la voluntad de Dios para mí?”. A lo que contestó él: “¿Está Vd. dispuesta a rendir su voluntad a la de Dios?” –“Ahora es muy pronto –dijo ella-; todavía soy muy joven; ya lo haré después” –“Señorita –replicó él- mientras no se rinda Vd. de veras al Señor, no va a conocer la voluntad de Dios”. ¿No te parece, lector, que si algunas veces andamos a ciegas sobre el paso concreto que tenemos que dar, es porque no nos rendimos totalmente a la voluntad de Dios, aunque se lo pidamos con todo interés? Quizá queremos ser tan listos como Teresa de Ávila, de la que dicen que decía: “Voy a rezarle al Señor un Padrenuestro para que me conceda tal cosa, si es Su voluntad y, después, le rezaré otro Padrenuestro *para que sea esa Su voluntad*”. Seguramente que no hablamos así, pero, ¿somos realmente sinceros al decir “*si es tu voluntad*”?

5.3.4. Con lo dicho, no pretendo haber resuelto todas las dificultades que pueden presentarse a un hijo de Dios a la hora de conocer la voluntad del Padre celestial, pero una cosa puedo decir apoyado en mi propia experiencia personal: Hace ya muchos años, mi difunta esposa y yo estábamos perplejos por no saber a ciencia cierta lo que

Dios quería de nosotros, pues teníamos invitaciones de seis sitios distintos. Con suficiente sensatez, optamos por dar tiempo al tiempo. Y, una tras otra, se fueron cerrando las puertas por las que Dios no quería que entrásemos, y quedó abierta una sola, como es normal: ¡la de quedarnos en el lugar donde estábamos! (la menos prevista -cf. Is. 55:8).

5.4. Madurez y espiritualidad.

5.4.1. Mis hermanos de Vigo recordarán que, en septiembre de 1998, hablé largo y tendido en varios cultos sobre la diferencia entre *madurez* y *espiritualidad*. Dije y repetí: “*La madurez es cosa de tiempo* (cf. Heb. 5:12-14); *la espiritualidad es cosa de dedicación* (cf. Rom. 12:1-2).” Puedo añadir algún detalle a lo dicho por mí entonces. No puede perderse de vista que los aludidos en Heb. 5:11—6:8, como en toda la epístola, son hebreos creyentes en Jesús de Nazaret como el Mesías tan esperado y que, como tal, a pesar de haber sido crucificado, estaba vivo y había de volver a Jerusalén para restaurar el trono de David e inaugurar el reino milenar. Pero, al mismo tiempo, eran fieles observantes de la Ley (cf. Hch. 21:20). Necesitaban, pues, tiempo para dejar el “biberón” y alimentarse de *vianda sólida* (5:12) a fin de llegar a la *madurez espiritual*. Lo sabemos muy bien los que hemos cambiado de religión. Cuesta mucho desprenderse de todo el bagaje anterior e ir sustituyendo, por decirlo así, “pieza por pieza”. Esto es lo que les ocurría a estos hebreos. ¡No los tachemos enseguida de “perezosos” o “descuidados”! “*Tardos para oír*” (5:11) no significa “endurecidos para escuchar”. Si leemos atentamente toda la porción, especialmente desde 6:1, veremos que el autor sagrado (hebreo también) les habla sin enojo, con mansedumbre. Son, pues, *convertidos, pero inmaduros*, como niños torpes que necesitan estímulo para que se apresuren a aprender las primeras lecciones del programa si quieren ponerse a tono con el resto de los alumnos.

5.4.2. Lo contrario de la *espiritualidad* es la *carnalidad*. Pero hay dos clases de *carnalidad*:

5.4.2.1. *Carnalidad general*, que es obedecer a la concupiscencia de la carne (cf. 1 Jn. 2:16).

5.4.2.2. *Carnalidad especial*, la más peligrosa, pues consiste en “el espíritu de partido dentro de la iglesia”. A costa de repetir en parte lo dicho en 4.2.3., mencionaré de nuevo 1 Cor. 3:1-4 (cf. también 1:10-13): “*Así que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no alimento sólido, porque todavía ni podíais recibirlo. En verdad, ni aun ahora podéis, porque todavía sois carnales. Pues habiendo celos y contienda entre vosotros, ¿no sois carnales y andáis como hombres* (es decir, como no salvos)? *Porque cuando uno dice: Yo soy de Pablo, y otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois simplemente hombres?*” Hermanos y hermanas, ¡cuidado con disensiones acerca de asuntos que causen división dentro de la iglesia, especialmente si tienen que ver con el liderazgo! El cap. 13 de

Hebreos comienza así: “*Permanezca el amor fraternal*”. El autor sagrado tenía conciencia de la importancia de esta exhortación. Donde falta el amor fraternal, corre peligro la unidad práctica del Cuerpo de Cristo. Pero ese mismo cap. tiene dos vv. que tampoco debemos ignorar: El v. 7, que dice: “*Acordaos de vuestros guías (se refiere al pasado), que os hablaron la palabra de Dios y, considerando el resultado de su conducta, imitad su fe*”. El v. 17 se refiere al presente, a un presente que se extiende hasta el final de la actual dispensación: “*Obedeced a vuestros guías (el mismo vocablo del v. 7) y reconoced su autoridad (esto es, ceded ante ellos), porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta, para que puedan hacer esto con alegría y no quejándose, porque eso no sería provechoso para vosotros.*” ¡Qué tema para una larga meditación, tanto para los pastores como para las ovejas!

6. “Mas éste no puso por obra nada fuera de lugar” (Lc. 23:41 –lit.). Lect. Flp. 2:1-11.

6.1. *Átopos* y *tópos*.

6.1.1. *Átopos* = *fuera de lugar* es lo contrario de *tópos* = *lugar*. El vocablo “átopos” ocurre cuatro veces en el Nuevo Testamento: Lc. 23:41; Hch. 25:5; 28:6 y 2 Ts. 3:2, de los cuales sólo nos interesa por ahora Lc. 23:41, donde el llamado “buen ladrón” (tan bueno –dicen algunos- que se apoderó del reino de Dios a la hora de la muerte), confiesa valientemente a Cristo ante quienes le insultaban y asegura: “*mas éste* (Cristo, que está a su lado) *no puso por obra nada fuera de lugar*” (gr. *hoûtos dè oudèn átupon épraxen*). Esta versión, estrictamente literal atendiendo a la etimología, dice mucho más que la corriente: “*mas éste ningún mal hizo*”. Jesucristo siempre hizo lo que agradaba al Padre (cf. Jn. 8:29), tanto que su alimento era hacer la voluntad del Padre (cf. Jn. 4:34). Todo lo hacía en su “lugar” y a su “tiempo”, que eran los marcados por el Padre.

6.1.2. *Tópos* ocurre 95 veces, de las cuales hacen a nuestro propósito sólo Lc. 2:7 “...*porque no había lugar para ellos en el mesón*”; Jn. 14:2-3 “...*porque voy a preparar un lugar para vosotros. Y si me voy y preparo un lugar para vosotros, vendré otra vez y os tomaré conmigo*”; Hch. 1:25 “*para tomar el lugar de este ministerio y apostolado, del cual Judas se desvió para irse a su propio lugar*”; Rom. 12:19 “*Amados, nunca os venguéis vosotros mismos, sino dad lugar a la ira, porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor*”; Heb. 12:17 “...*pues no halló el lugar del arrepentimiento, a pesar de que lo reclamó con lágrimas*” (lit.); Ap. 12:14 “*Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, a fin de que volara de la presencia de la serpiente al desierto, a su lugar...*”. He dejado de intento Ef. 4:27, por su especial importancia, para verlo luego en detalle. Como conclusión de este párrafo, podemos decir que, para que haya orden, y no caos, cada “cosa” tiene su “lugar”, y hay (debe haberlo) un “lugar” para cada “cosa”.

6.1.3. Dios deja “lugar” (¡es inmenso!) dentro de Sí para ti y para mí, a costa del “vaciamiento” de su Hijo en la *kénosis* (*heautòn ekénosen* –Flp. 2:7), de su *forma de Amo* (v. 6). Sólo así, pudo Dios dejarnos “lugar” dentro de Sí. En ese *inmenso vacío* del Dios que se humilla hasta tomar *la forma de esclavo* (v. 7), pueden hallar “lugar” infinitos seres humanos y, aun así, no lo rebasarían. Preguntémonos cada uno a nosotros mismos: ¿Hay en mi corazón un “lugar” para el prójimo necesitado, o le cierro ese “lugar”? (cf. 1 Jn. 3:16-18). Cerrarle “lugar” al prójimo es cerrárselo a Dios y, hermanos y hermanas, como ese “lugar” no puede quedar vacío (cf. Mt. 12:43-45), entonces *daremos lugar al diablo* (Ef. 4:27). Y, una vez que se deja algún **lugar** al diablo, Satanás, que cuenta con una “5ª. Columna” dentro de nosotros, hará todo lo posible por ampliar ese **lugar** ¿Cuánto “lugar” hay para Dios en tu corazón? Se verá

por lo que *rebosa* de él (Mt. 12:34 “...*de la abundancia del corazón habla la boca*”) . Recuerde el lector la anécdota de 3.3.3. Pero, ¿por qué cierran los hombres su corazón a Dios y al prójimo? Por una pretendida autosuficiencia. **“La mayor equivocación del hombre y la mujer de hoy –dice Jaime Fernández, en CLMAOP, 26 de octubre- es creer que no necesitan a nadie.”** ¿Y qué sacan con ello? Vivir en la antesala del infierno. También allí hay **“lugar”** para todos los que prefieren el odio al amor.

6.1.4. ¿Dejamos “lugar” al Espíritu Santo? Cf. Ef. 4:28-30: “*El que roba, no robe más, sino más bien trabaje de recio, haciendo con sus propias manos lo bueno, a fin de que tenga para compartir con el que tiene necesidad. Ninguna palabra corrompida proceda de vuestra boca, sino alguna buena para edificación según sea necesario, en orden a impartir gracia a los que estén oyendo. Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.*” (lit.). Quiero llamar la atención sobre el pecado de *entristecer al Espíritu Santo de Dios*. El Espíritu Santo ejerce en los creyentes un ministerio de “limpieza” en nuestro corazón, conforme a lo que es menester limpiar de lo dicho en los vv. 26-29. Y el Espíritu Santo *se entristece* (¡Dios tiene sentimientos!) cuando manchamos su obra. Supongamos que nuestra casa física necesita ser limpiada y adornada. Llamamos a un pintor experto en el oficio. Según va él limpiando y decorando maravillosamente, nosotros vamos echando pelladas de barro sobre lo ya limpio. ¿No nos dirá que estamos locos por ir manchando lo que él limpió? ¡Cuanto mayor será la tristeza del Espíritu Santo por estropearle Su obra!

6.1.5. La *alienación* que analicé en 2.1. comienza cuando uno abandona su “lugar” (cf. Gn. 3:9 –Adán no estaba en su *lugar*; faltaba ya de su lugar desde el v. 6, al ceder a su mujer el puesto de “cabeza” --; Lc. 15:17- el Pródigo no estaba en su *lugar*).

6.1.6. El “lugar” de los cuerpos es el *espacio*; el *espacio* del alma, en esta vida, es su propio cuerpo, que sirve de “espejo del alma”; pero, por su naturaleza espiritual, nuestra alma tiene conciencia del *tiempo*, que, como dice Aristóteles, es “la numeración del movimiento según un antes y un después”. Esto tiene dos consecuencias importantes:

6.1.6.1. Lo que hay en mi alma se transparentará en mi cuerpo, no podemos evitarlo, aunque es obra del *jrónos* actual. Lincoln dijo una vez acerca de cierto individuo: “No me gusta su cara”. Su interlocutor le dijo: “¿Y qué puede hacer ese hombre con su cara?”. A lo que Lincoln replicó: “Cada uno es el productor de su propio rostro”.

6.1.6.2. El alma separada del cuerpo entra en una dimensión especial que requiere también un tiempo especial, distinto del que tenía cuando estaba en el cuerpo, sujeta a las vicisitudes de dicho cuerpo. Esto se manifiesta ya en los éxtasis, en que se recibe la impresión de que “el tiempo se ha parado”, pero se manifestará más establemente en el cielo, pues allí el éxtasis será perfecto y, por eso, será *eterno*, parecido a la eternidad de Dios, aunque ésta no sólo carece de fin, sino también de principio y de sucesión,

mientras que la nuestra habrá tenido principio, pero no tendrá fin y la sucesión estará, sin duda, sujeta a otras medidas que las que producen en esta vida la conciencia de la “numeración del movimiento”.

7. Pensemos en la muerte, pero también en la resurrección (1 Cor. 15:51-58). Lect. 1 Cor. 15:25-58.

7.1. La muerte no es amiga, sino enemiga.

7.1.1. Vemos en la lectura de hoy que la *muerte es nuestro postrer enemigo* (1 Cor. 15:25-26). No se puede negar ni esconder esa cara negra de la muerte. Y, cuanto más viejo se hace uno, más cerca se nota el frío de su aliento. ¿Qué consuelo puedo tener ante esa presencia negra, que cada día está más cercana y de la que no puedo escapar? Sí, ya lo sé; lo hemos leído: el de la *resurrección futura*. Pero, aun así, la muerte no deja de ser nuestra *mayor enemiga* (la *espiritual*, pero también la *física*). Notemos que se puede escapar, aunque indignamente, de la *vida*, pero no se puede escapar de la *muerte* (cf. Ap. 6:16; 20:14). En un contexto sobre las *vanidades* = *vaciedades* de esta vida, Ecl. 3 dice que *hay un kairós para todo* (v. 1) y los dos primeros *kairói* que menciona (v. 2) son “*un kairós señalado para nacer, y un kairós señalado para morir*”. Entre esos dos más importantes, se mueven todos los demás *kairói* de la vida presente. Pero la lección más importante a este respecto, nos la da el Predicador en el cap. 7:1-4: “*Mejor es el prestigio que un buen perfume: y el día de la muerte que el día del nacimiento.*”

Mejor es ir a casa de duelo que a casa de banquete, porque aquello es el fin de todo hombre, y al que vive le sirve para reflexionar.

Mejor es la tristeza que la risa, porque con un rostro triste se mejora el corazón.

El corazón del sabio está en la casa del duelo; el corazón del necio, en la casa del jolgorio.”

Sin embargo, por mucho que nos impresione el funeral de un amigo, de un hermano en la fe, de un familiar, estamos tentados a pensar: “No es *mi* funeral, sino el de alguien que no soy *yo*”. No obstante, de seguro va a llegar un día en que alguien dirá de mí lo que yo puedo decir de otros: “No es *mi* funeral, sino el de D. Francisco”.

7.1.3. Las ventajas que tiene la muerte son también notables: se acaban los sufrimientos, los problemas, las preocupaciones, las ocasiones de pecar. ¡Por fin, hemos llegado al final de la carrera, sin temor a lo que podría ocurrirnos en otra “reencarnación”!

7.2. No vayamos al otro extremo.

7.2.1. ¿Tienes en cuenta la muerte? Está muy bien, pero, ¿te vas al otro extremo, paladeándola sin cesar? Hay dos maneras de paladear la muerte: por pura morbosidad, lo cual no es conveniente, o como digna preparación para ese momento tan solemne, lo

cual es muy recomendable. Hay también, por desgracia, quienes no hacen caso de la muerte, por ateísmo o por indiferencia, ¡terrible será la sorpresa que se van a llevar!

7.2.2. ¡Hermanos, hermanas, amigo lector! Pensemos, sí, en la *muerte*, pero pensemos todavía más en la *resurrección*. Tenemos un privilegio que los santos del Antiguo Testamento no tenían. Sabían que había una vida de ultratumba, como lo prueba la consulta de Saúl a la adivina de Endor, pero no sabían que ése fuese un “estado intermedio” entre esta vida y otra futura. Y, aun así, ¡con qué diligencia sirvieron muchos al Señor! Sólo en Dan. 12:2 hallamos la 1ª. enseñanza explícita, que Jesús recoge en Jn. 5:29 “*y saldrán: los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida, y los que practicaron lo malo, a resurrección de juicio*” (B. de las Am. lit.). Hay muchos otros lugares en el Nuevo Testamento, que tendré que limitarme a citar: Jn. 6:39-40, 44, 54; 11:23-24; Hch. 24:15; Rom. 8:11; 2 Cor. 5:1-10; Flp. 3:20-21, 1 Ts. 4:13-18; Heb. 11:10, 17-19.

7.2.3. Dentro del cap. 15 de 1 Cor. son de especial importancia y consuelo los vv. 42-44, que son como sigue:

“Así también (es) la resurrección de los muertos. Se siembra algo corruptible, y resucita incorruptible. El cuerpo actual está sujeto a la corrupción; cada día se va desgastando y, cuando se entrega a la tierra, no es más que un montón de escombros. Pero llegará un día en que surgirá nuevo, lozano, como las flores en la primavera; pero llevará una gran ventaja a las flores, pues nunca se marchitará (cf. 1 P. 1:4). El hecho mismo de que Pablo diga en los tres vv. 42, 43 y 44 “se siembra” en lugar de, p.ej., “se entierra”, denota que es como una semilla de la que se espera que vuelva a brotar.

Se siembra una cosa despreciable, y resucita gloriosa; se siembra una cosa débil, y resucita poderosa. Con la vejez viene la fealdad y la debilidad, y un cuerpo viejo, ya muerto, no puede ser más feo y más débil. Pero llegará un día en que surgirá hermoso (¡hasta la mujer más fea parecerá guapa!), fuerte y digno de estima y de honor, y ¡sin temor de que pueda volver a decaer de su hermosura y de su poder!

Se siembra un cuerpo animal, y resucita un cuerpo espiritual. Si hay un cuerpo animal, también hay un cuerpo espiritual.”. “Cuerpo animal” (gr. *sóma psujikón*) es el cuerpo cuyo principio vivificante es la *psujé* o vida animal; “cuerpo espiritual” (gr. *sóma pneumatikón*) es el cuerpo adaptado al *pneúma*, el principio racional e inmortal de nuestra naturaleza. Pablo no quiere decir que el “cuerpo espiritual” sea de naturaleza espiritual como los ángeles. Para más detalles, cf. mi libro *Escatología II* (CLIE, Terrassa), lecc. 15ª.

7.3. El ministerio de la consolación.

7.3.1. El apelativo *Parákletos* (gr. *parà kletós* = *llamado al lado*) se aplica al Espíritu Santo en cuatro lugares del Nuevo Testamento, todos en Juan: Jn. 14:16, 26: 15:26 y 16:7. Aunque en su etimología indica un amplio ministerio: *llamado al lado de alguien para ayudar, defender, enseñar, abogar, consolar*, sin embargo, atendiendo a

otros vocablos de la misma raíz (cuando van juntos en un mismo contexto), como el verbo *parakaléo* y el sustantivo *paráklesis*, es evidente que prevalece el sentido de *consolación*, como, p.ej., en 2 Cor. 1:3-7, donde en cinco versículos ocurren diez veces el uno o el otro. Esto nos muestra el gran acierto de Reina y Valera al verter *Parákletos* por *Consolador*, vocablo tan apropiado en el contexto de tristeza y tribulación que se palpa en los caps. 13-16 de Juan.

7.3.2. No es de extrañar, pues, que Pablo, en la mencionada porción de 2 Cor. 1:3-7, multiplique la mención de la *consolación* en un contexto de grave tribulación (cf. los vv. 8-9). Los creyentes, que tenemos al *Consolador* morando en nosotros, hemos de aprender de su ministerio a *consolar* también a otros, especialmente a los de *la familia de la fe*.

7.3.3. El caso es que, aun cuando todas esas maravillosas porciones que hemos visto en 7.2. nos consuelen de sobra ante la faz negra de la muerte, nos resulta muy difícil (al menos, a mí) consolar a otros que se hallen ante una prueba semejante: una enfermedad incurable, un accidente grave, la pérdida de un familiar, etc. ¿Es que nosotros no sentimos de veras lo que les estamos diciendo? ¿Nos falta la suficiente empatía para ponernos en el *lugar* del prójimo: *Alegrarse con los que se están alegrando, llorar con los que están llorando* (Rom. 12:15 –lit.)? Quizá nos falta empatía porque nos falta, más que nada, *simpatía* = *padecer con otro*. Me atrevo a decir que no es muy difícil *llorar con los que están llorando*, porque lo están pasando mal; resulta más difícil *alegrarse con los que se están alegrando*, porque lo están pasando bien, **cuando quizá nosotros lo estamos pasando mal**. P.ej. están dos hermanos trabajando en una misma oficina. Uno de ellos escucha el rumor: --¿Sabes que a tu amigo lo van a ascender? --La callada por respuesta. Hay silencios que hablan más alto que los más elocuentes discursos. Y este es un silencio de *resentimiento*, detectable a cien leguas. Un creyente realmente *espiritual* debería reaccionar de otro modo: --¿De veras? ¡Cuanto me alegro! Somos muy amigos, es un hermano en la fe y me gozo como si me ascendieran a mí.

7.3.4. Jesús nos dio un gran ejemplo de ternura y de amor al amigo, cuando derramó lágrimas silenciosas junto al sepulcro de Lázaro, a pesar de que lo iba a resucitar enseguida: *Lloró Jesús* (Jn. 11:35 –lit. El v. más corto de la Biblia, que nos impresiona por estar ahí escueto, como recortado).

¡Dios llorando! Dulces son las lágrimas que así se derraman, dignas de la redoma de Dios (cf. Sal. 56:8). ¿Cuánto tiempo hace, hermano, hermana, amigo lector, que no has llorado así? En mi juventud, no entendía la conocida estrofa de Machado:

*Juventud, divino tesoro,
que te vas para no volver.
Cuando quiero llorar no lloro;
y otras veces, lloro sin querer.*

Cuando yo era joven, no me daba cuenta de que, en efecto, la juventud es un tesoro que se va para no volver, ¿y llorar sin querer? ¡qué raro! Los muchos años de experiencias de toda clase me han enseñado que, en efecto, se puede llorar sin querer y se puede querer llorar sin conseguirlo ¡Hay tantas clases de lágrimas! De rabia, de pena, de cobardía, de compasión... Todas las conozco, ¿y tú?

7.3.5. Sin embargo, hay algo más útil (aunque quizá más difícil) en el caso de consolar a una persona. Muchas veces, el mejor consuelo es acompañar *en silencio* a quien (quizá también *en silencio*) está sufriendo. Y, desde luego, todos esos casos son grandes *kairói*, grandes oportunidades para averiguar cuánto *lugar* hay para el prójimo en nuestro corazón (cf. 6.1.3.). Como en todo lo que vengo diciendo, hablo desde mi propia experiencia de *sufriente* y de más o menos *consolado* por otros. Y he llegado a la conclusión de que *soy amado mucho más de lo que me merezco* (a pesar de mi carácter impaciente y quejumbroso).
